

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1861. — Tomo XVIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 20. — N.º 448.

SUMARIO.

El 15,700. — Exposicion industrial de Harlem; grabado. — El aniversario de la fundacion de Thann; grabado. — Fiesta gimnástica en Guebwiller; grabado. — Atentado cometido en Baden contra el rey de Prusia; grabado. — Un concierto en el colegio de Luis el Grande; grabado. — Revista de Paris. — El Monge de San Antolin. — Exposicion de 1861; grabados. — ¡Todavía! — Salon del emperador en Vichy; grabado. — Tipos de las poblaciones de las cercanias de Vichy; grabado. — Exposicion de Metz; grabados. — Bolivia. — Adam Czartoryski; grabado. — El sepulcro del conde de Cavour; grabado. — Recuerdo ofrecido á la ex-reina de Nápoles; grabado.

EL 15,700

PIEZA ORIGINAL EN UN ACTO Y EN VERSO,
POR DON MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.
(Continuacion.)

LUIS.
Mas de una vez
He visto su altanería,

Que solo inspira desden,
Y mas de una vez, señores,
Me ha chocado la sandez
Con que hallándose aquí dentro
Dueño de todo se creen.

MARQUES.

¿No soy dueño de mi hogar

LUIS.

De eso pienso que es marqués;
Mas no de este hogar.

FRANCISCA.

¿Qué insultos!
¿Esta casa nuestra no es?

IRENO.

Francisquita, no te alteres.

LUIS.

Si absolutos quieren ser
No, alquilen á nadie un cuarto;

Que en pagando el alquiler
El dueño será el que paga.
Ahora bien, suplico á usted
Que acepte por mano mia
Lo que le sea en deber
Mi amigo; que no disgusten
A esta señorita...

FRANCISCA.

¡Pues!

¡Vaya una señora!

LUIS.

Soy
Casi incapaz de ofender
A su sexo; pero vale
Tanto, si no mas que usted.

FRANCISCA.

¿Tanto como yo? Bien puede,
Que al cabo señora es



EXPOSICION INDUSTRIAL DE HARLEM.

M.º Martínez

De ciento veinte escalones,
O de ciento veinte y tres.
Señorita de Boardilla.

LUIS.

Pobre, pero honrada es;
Sin humos aristocráticos;
Mas que sin duda se ve
Exenta de envidia, exenta
De arrugas, de estupidez,
De fealdad, de orgullo... acaso
De otras cien faltas y cien.

MARQUES.

Pero no exenta de un primo
Y de algun otro doncel
Que la defienda.

ISABEL.

¡Luis!

LUIS.

Déjeme usted; yo haré ver
A estos señores...

FRANCISCA.

Bastante

Vimos ya.

LUIS.

(La llevaré

Lejos de estos cafres; luego...)
Vamos adentro, Isabel;
Vamos adentro y....

ISABEL.

Sí, vamos.

¡Oh, qué gente tan soez!

ESCENA VIII.

EL MARQUES, FRANCISCA, IRENO.

FRANCISCA.

Papá, yo estoy atontada.
Siento mis nervios crujir.

MARQUES.

Cálmate.

FRANCISCA.

Es mucho sufrir.

IRENO.

¡Habrà gente mas osada!

FRANCISCA.

Ya lo has visto; se fué en pos
De un hombre que la hizo un mimo,
Y además ella y su primo...

IRENO.

¡Qué escándalo!

FRANCISCA.

Sí, por Dios.

Solos residen aquí.
Están profanando el templo
De nuestra casa. ¡Oh qué ejemplo!
¡Qué lecciones para mí!

MARQUES.

Hoy mismo, con acritud,
De casa los lanzaré.

IRENO.

Sí, lánzalos por mi fe.

FRANCISCA.

Y si no, nuestra virtud
Peligra.

MARQUES.

¡Cómo me hechiza
Vuestro inocente candor!

FRANCISCA.

En ello va nuestro honor.

IRENO.

Claro está: se escandaliza ..

FRANCISCA.

Me ruborizo, me empacho...

IRENO.

Ya lo has oído, se empacha.

MARQUES.

Está bien, calla, muchacha;
Tranquilízate, muchacho.

FRANCISCA.

¿Me das tu palabra?...

MARQUES.

Sí:

Cien mil palabras te doy.
De casa se marchan hoy.
Pero alguien llegará.

IRENO.

(¡Ay de mí!)

ESCENA IX.

DICHOS, LINO, y luego ISABEL y LUIS.

LINO.

¡Albricias! ¡vengan los brazos!
Uno, dos, tres...

(Abrazando primero al marqués, luego á Francisca y después á Ireno.)

Aun es poco.

FRANCISCA.

¡Y me ha abrazado!

IRENO.

¡A este loco!

¡Que me ahoga!

LINO.

Cien abrazos

(abrazando á Isabel)

Prima. Luis, otros cien.

Marqués, vengan esos cinco.

Si hoy de contento no brinco

Y canto y bailo también;

Si hoy lleno de dicha ufana

Mil borracheras no cojo;

Si hoy placentero no arrojo

La casa por la ventana,

Decidme que soy un ente

Mas impasible que un fraile.

LUIS.

Pero, hombre...

LINO.

Dejad que baile

Un padedú.

FRANCISCA.

Está demente.

LUIS.

¿Te acabarás de explicar?

LINO.

Ahora verás si me explico.

Soy... escuchadme, soy rico;

Puedo gastar y triunfar;

Puedo mostrarme gentil;

Puedo ya salir de apuros;

Puedo tener tantos duros

Que lleguen á treinta mil.

MARQUES.

¿Los heredó por ventura?

IRENO.

¿Dónde, cómo, en qué refriegas
Los ganó?

FRANCISCA.

¡Treinta talegas!

LUIS.

Ingeniosa travesura (á Lino bajo)
Me parece.

LINO, á Luis.

Es un horror.

LUIS, á Lino.

¿Qué no hablaste de memoria?

LINO.

Quien quiera saber mi historia
Sentado la oirá mejor. (se sientan)

MARQUES.

¡Atencion!

IRENO.

¡Chito!

FRANCISCA.

Sí, sí.

LUIS.

Oigamos.

ISABEL.

(¿Si sacaría
Tal vez á la lotería?...)

LINO.

Cuando de casa salí,
Sin saber cómo y por qué,
Cual potró de buena raza,
Di un galope y en la plaza
En un instante me hallé.
De allí, bravo corredor,
Como exhalacion perdida
Me trasporté de seguida
Hasta la calle Mayor.
Y siguiendo en mis porfias,
Con esperanza no escasa,

Entré en la espaciosa casa
Dirección de Loterías.
Atropellando impaciente
A cuantos ví, con presteza
Me hallé dentro de una pieza
Toda atestada de gente.
Dos globos de alambre ví
Donde las bolas estaban;
Dos chiquillos que gritaban;
Unos escribiendo allí,
Otros esperando acá
Boquiabiertos y atontados,
Alegres ó demudados;
Este viene, aquel se va;
Este blasfema, reniega
El otro y con desaliento...
Mas yo, tomando un asiento,
Me apresto á ver la refriega
En que próspera fortuna
Me dió la parte mejor.

IRENO.

Pero es cierto...

MARQUES.

Con primor

Lo cuenta.

FRANCISCA.

Sin duda alguna.

LINO.

Miraba yo con ahinco
Todo aquello como un tonto,
Cuando... señores, de pronto
El corazon me dió un brinco.
Un chico grita ¡qué apuros!
«¡El quince mil setecientos!...»
Y el otro á pocos momentos
Responde: «¡Treinta mil duros!»
Me entró una duda cerril
Y apenas crédito daba...
Pero el muchacho cantaba
Segunda vez: «¡Treinta mil!»
Volvió á decirlo el chiquillo;
Yo trémulo no veía...

MARQUES.

¿Y el billete?

LINO.

Lo tenía

Guardado aquí en mi bolsillo.
Fuera ya de mis casillas
Con tan tremendo alegrón
Que dentro del corazon
Me estaba haciendo cosquillas,
Incapaz de disimulo
A un bóvilis, que á mi lado
Estaba el pobre sentado,
Por poquito le estrangulo
De un apretón...

MARQUES.

El exceso...

FRANCISCA.

La alegría...

IRENO.

Es muy creíble.

LINO.

Le di un abrazo terrible
Con un estupendo beso.
Quédase en Bavía; me salgo,
Y cual liebre perseguida
Que corre despavorida
Sintiendo detrás el galgo;
Cual disparado cohete,
Cual flecha de amor traidora,
Cual veloz locomotorá
O apercebido corchete;
Sin vergüenza, sin empachos,
Por esas calles de Dios
Volaba, trayendo en pos
Un enjambre de muchachos.
Al principio me admiraba
De verlos al retortero;
Pero ví que sin sombrero
En la calle me encontraba.
Y era que en la lotería
Por salir con tal presteza
Olvidada la cabeza...
¡Qué silbos! ¡qué vocería!
«¡A ese! los tinos gritaron;
¡Al silbante sin sombrero!
¡Al loco!... tirale!...»

MARQUES.

Fiero

Fue el lance.

Fue el lance.

LINO.

Me achicharraron.

Estaba y no estaba en mí;
Pero al cabo di en correr
Mas que un gamo, y con placer
Entre vosotros me ví,
Olvidando en mi ilusion
El percance del sombrero,
Y pensando en mi dinero
Y en daros este alegron.

MARQUES.

Con un tremebundo caso
Hoy su dicha se perturba;
Mas si gritaba la turba,
Fortuna salióle al paso.
Treinta mil duros no es moco
De pavo: valen la pena
De darle la enhorabuena,
Y en no darla fuera un loco.
Que usted desde el primer dia
Me agradó, lisonja no es;
Le juro á fe de marqués
Que me inspiró simpatía.
Sea en hora buena repito.

FRANCISCA.

Yo á mi vez tambien la doy.

IRENO.

Yo en el mismo caso estoy.

MARQUES.

Me alegro mucho.

IRENO.

Infinito

Me alegro.

LINO.

Y tú ¿qué me dices,

Prima?

ISABEL.

Plácemes sin cuento

Le doy.

LINO.

Luis...

LUIS.

Pues contento

Estás tú con tan felices
Protestas de vecindad
Y tanto aquí te se estima,
Uno al placer de tu prima
El placer de la amistad.
Adios.

LINO.

¿Te vas?

LUIS.

Hoy audiencia

Da el ministro...

LINO.

Y antesala

Le harás...

LUIS.

No á todos iguala

Fortuna: ¿qué hacer? paciencia.

ESCENA X.

DICHOS, menos LUIS.

MARQUES.

Pues que su amigo se marcha
Voy á pedirle un favor.

LINO.

¿Es por ventura la cuenta?

MARQUES.

Hombre, calle usted por Dios.
¿Quién se ocupa de ello ahora?
¡No hiciéramos mal arroz
Pensando en tal bagatela!
Haga cuenta que pagó
Y pelillos á la mar.

LINO.

Sin embargo... soy deudor
De dos meses...

MARQUES.

¿Qué dos meses?

¡Vaya! ni aunque fueran dos
Años, dos lustros, dos siglos.
Honrando mi habitación
Un sugeto de sus prendas...
Calle usted; me dá rubor
Pensarlo; si alguna vez,
Tanto Ireno como yo,

Subimos, fué... por tener

La grata satisfaccion
De conocerle y tratarle.
Si instamos (franco ahora soy),
Fué por el placer de oírle,
Por ver su despejo, por...
¡Caramba! pues si era un gusto
Entablar conversacion
Con usted. ¿Verdad, Ireno?

IRENO.

¿Pues no ha de serlo? Si yo
Muchas veces me escapaba
Sin tu permiso...

ISABEL.

(¡Qué horror!
¡Qué cambio tan repentino!)

IRENO.

Solo por eso...

FRANCISCA.

Hasta yo

Subía con ese intento.

MARQUES.

Fuera del caso de hoy
En que desdichadamente
La polémica se agrió,
Creo que en mí solo habrá visto
Un afecto... (hablan bajo)

ISABEL.

(¡Qué rubor!

Me voy. Sin duda mi primo
Hoy el buen juicio perdió.)

ESCENA XI.

DICHOS, menos ISABEL.

MARQUES.

Tornando á lo que interesa,
Vuelvo á exigirle un favor.

LINO.

¿Y es?

MARQUES.

Que nos haga el honor
De comer en nuestra mesa.

LINO.

Está bien, mañana...

MARQUES.

Vana

Es toda excusa; yo insisto,
Y hoy será.

FRANCISCA.

Sí, sí.

IRENO.

Por Cristo

Que dices bien.

LINO.

Mas si gana

No tengo...

MARQUES.

Será comida

Frugal, hará colacion.

FRANCISCA.

Nada, no hay apelacion;
Va usted á bajar en seguida.

LINO.

Pero si mi facha ingrata...

MARQUES.

No se apure; Ireno, escucha,
Anda y sube mi cachucha.

FRANCISCA.

Yo tambien voy por la bata.
Vamos.

LINO.

Señores, si yo...

FRANCISCA.

No hay apelacion.

IRENO.

Repito

Lo mismo.

MARQUES.

Corre, Irenito.

Cuida no dé un resbalon.

ESCENA XII.

EL MARQUES, LINO.

MARQUES.

¡Qué candor! ¡qué honestidad!
Igual en todo salió

A su madre, que murió
En olor de santidad.
Es cosa que me deleito
Al verla; no será un zote
El que se calce su dote.

LINO.

¿Tiene...

MARQUES.

En ganando mi pleito
No habrá suerte cual la mia.
Se ventilan mas lugares
Y cortijos y lagares
Que hay en toda Andalucía.
Pero en España la incuria
Triunfa; somos unos bolos
Y duermen los protocolos
En las manos de la curia.
¡Curia infernal!

LINO.

De manera

Que si el pleito...

MARQUES.

Le diré:

Si ya el pleito no gané
Fué... por nada; una friolera.
Porque aquí... — si me desbarro
Perdóneme Dios por ello —
Siempre se tira al degüello
Y hay que untarle sebo al carro.
Luego en minas empleé
Mi dinero; vime inerme,
Y el pleito... el pleito se duerme
Por no untar... ¿comprende usted?

LINO.

¿No he de comprender?

MARQUES.

Fatal

Fué mi descuido.

LINO.

Activarle

Debe usted, y si ayudarle
Puedo yo...

(Se continuará.)

El aniversario de la fundacion de Thann
(Alto Rhin).

El pueblo de Thann ha celebrado el 700° aniversario de su fundacion el 30 de junio último. En 1161 san Thiebaut, patron y fundador de la ciudad, edificó una capilla en el mismo sitio que ocupa hoy la elegante catedral gótica que es la obra maestra de Erwin de Steinbach, el inmortal arquitecto de las catedrales de Friburgo y de Estrasburgo.

Tres llamas sagradas animaron al santo á construir esa capilla que fué el principio de la ciudad industrial tan floreciente hoy. En memoria de estas tres llamas milagrosas, hace siglos habia la costumbre de quemar el 30 de junio tres manojos de leña en la plaza de la Iglesia. La supersticion popular tomó naturalmente su parte en estos fuegos conmemorativos de los recuerdos religiosos del siglo XII. Por todas partes en los Vosges, la vispera y aun la antevispera, los campesinos se ponian en marcha para encontrarse en Thann el dia de san Thiebaut y recoger un carbon del manajo quemado, carbon que tenia la propiedad de preservar del rayo.

Diversos abusos, el encarnizamiento de los aldeanos para quemarse los dedos á fin de arrancar á la leña encendida algunos pedazos del carbon preservador, y otros motivos, hicieron que cesara esta costumbre; pero hace algunos años, en el sétimo aniversario secular de la fundacion de la ciudad se despertaron los antiguos recuerdos. Se pidieron manojos de leña, y el ayuntamiento de Thann los concedió diciendo que solo se acordarian cada cien años.

Los periódicos han hablado mucho de esta fiesta de Thann, considerándola como una vuelta á la antigua supersticion; pero sin duda ignoraban esos diarios que la municipalidad de Thann separó la fiesta civil que tuvo lugar el domingo de la fiesta religiosa que se verificó el lunes; así como ignoraban tambien que la fiesta civil era esencialmente conmemorativa para la ciudad de Thann, que celebraba en ella un aniversario que cada particular celebra por su cuenta, el de su nacimiento.

Por lo demás, los muchachos de Thann se han echado una cuenta muy sencilla, á saber, que con toda leña quemada se hace carbon, y de aquí sacaron en consecuencia que nada seria mas fácil que sustituir el carbon ordinario al carbon preservador de los manojos oficiales. Con esta idea quemaron en sus casas ramas de abeto, y aparecieron por la noche en la plaza cargados de carbon fraudulento.

En el instante en que los bomberos habian casi apagado la llama de los troneos de abeto rajados mil veces por medio de cuñas y que llevan el nombre de manojos (*fagots*) en la tradicion; en el instante en que la muchedumbre creyente se arrojaba sobre los carbones humeantes, los muchachos se mezclaron entre la mu-

chedumbre y principia ron á vender carbon á los campesinos y á las buenas mujeres que no habian tenido la suerte de apoderarse de algun fragmento ennegrecido de uno de los tres manojos del santo.

En el primer término de mi dibujo he puesto á uno de estos avispados vendedores que habia ganado, con su industria sobre la fe de los pobres aldeanos, la suma de 27 francos 35 cént. en las veinte y cuatro horas. L.

FIESTA GIMNASTICA

EN GUEBWILLER.

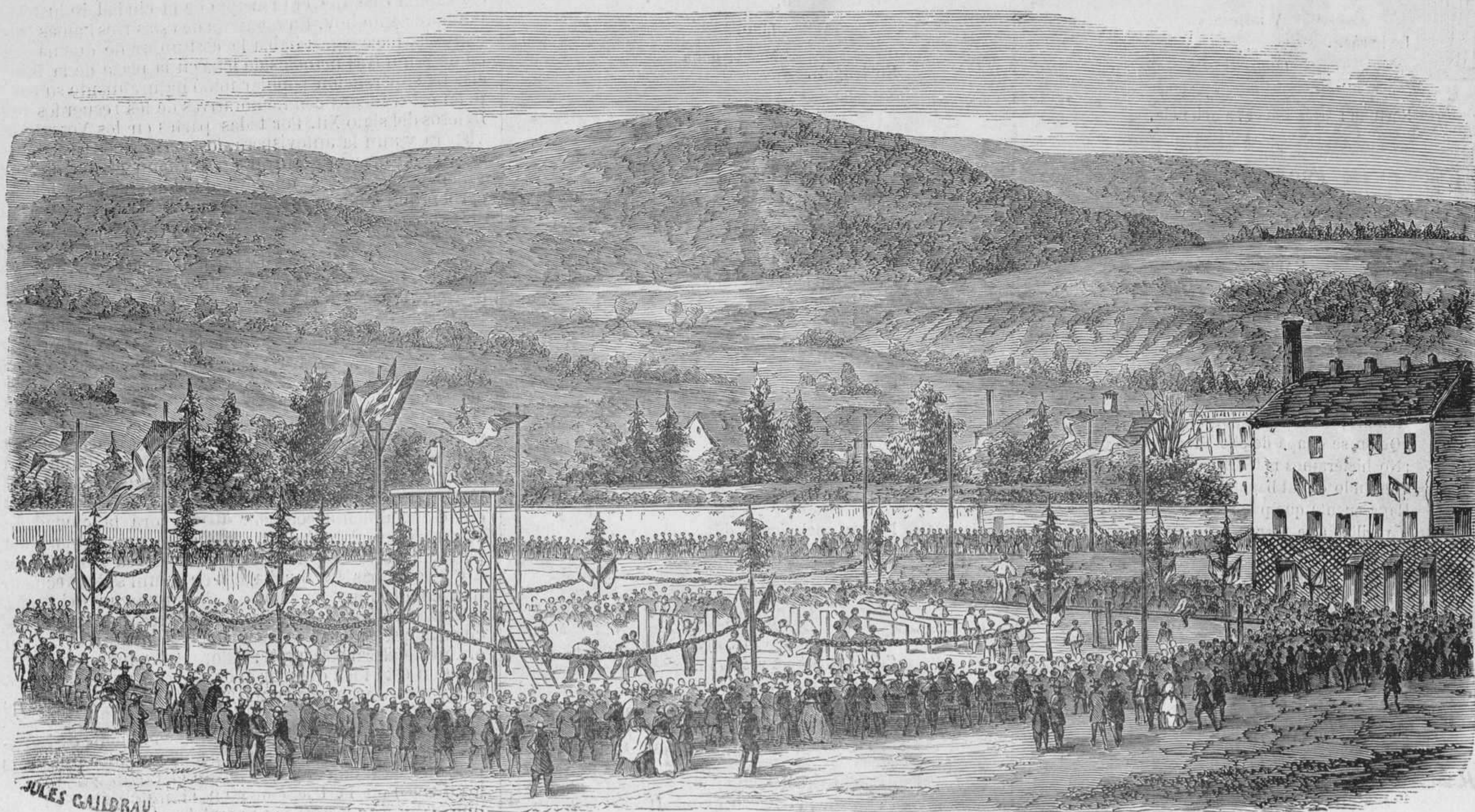
El 12 de mayo último la *Sociedad de Gimnástica* de Guebwiller (Alto Rhin) ha dado su primera fiesta.

Esta sociedad, fundada hace un año no mas, ha sido fomentada poderosamente hasta por el mismo emperador, y así ha podido tomar un rápido desarrollo que la permitió dirigir un llamamiento á las sociedades de Suiza y de Alemania. Estas acudieron, y el 12 de mayo tuvo lugar el concurso que no ha durado menos de ocho horas, y en el cual se vieron todos los ejercicios de la gimnasia, el trapecio, la lucha, la esgrima, el salto, etc. A las ocho se hizo la distribucion de las recompensas: suizos y alemanes obtuvieron premios, y el de honor, que era una hermosa copa, fué ganado por M. Spethi, de Soleure.

Es imposible negar la utilidad de tales sociedades; al lado de las numerosas asociaciones



CELEBRACION DEL ANIVERSARIO DE LA FUNDACION DE THANN (Alto Rhin.)



FIESTA GIMNASTICA EN GUEBWILLER (Alto Rhin.)

literarias, corales y artísticas que existen y se proponen el perfeccionamiento intelectual y moral, es bueno que haya otras cuyo objeto sea el desarrollo de la fuerza física y de la destreza: estas sociedades son el complemento de las primeras, y así se obtendrá lo que reclama el célebre *Mens sana in corpore sano*. Seria de desear que la idea fuese imitada en todas las naciones.

Atentado

COMETIDO EN BADEN
CONTRA EL REY DE
PRUSIA.

El día 14 de julio último entre las nueve y diez de la mañana, en el momento en que el rey de Prusia, despues de haber dado su acostumbrado paseo en la alameda Michental, en Baden, se sentaba junto á la fuente de piedra, un cursante de Leipzig llamado Becker se acercó á S. M., y levantando una pistola á la altura de su pecho, dejó caer el gatillo. La fuerza de la carga hizo por fortuna que la bala le pasase por encima, rasgando el traje y rozando ligeramente el hombro del rey. Desde el primer instante se conoció que la herida no ofrecia ningun cuidado.

Detenido inmediatamente por los que estaban paseando y que acudieron al oír la detonacion, el asesino fué conducido ante el alcalde de la ciudad, donde se le tomó el interrogatorio en presencia de su A. R. el gran duque de

Baden. El estudiante de Leipzig se limitó á contestar, confesando su crimen, que su objeto era el de librar á la Alemania de un príncipe que no la dirige con bastante energía por la senda de la unidad nacional.

Los habitantes que prodigan continuas pruebas de respeto y veneración á S. M., supieron con horror la noticia de este atentado, y en la noche de aquel día, agolpándose delante de su palacio, le hicieron una ovacion espontánea que conmovió profundamente al rey, como lo prueba la siguiente carta que dirigió al burgomaestre y al consejo municipal de Baden :

« Los testimonios inequívocos de simpatía que me han dado las autoridades y los habitantes de esta ciudad con motivo del abominable atentado cometido ayer contra mí, y que por una disposición tan milagrosa como misericordiosa de Dios no ha tenido consecuencias, han causado un gran bien á mi corazón conmovido, y suavizado el sentimiento de profundo dolor que debía excitar en mí este indicio de la desmoralización creciente y del olvido de las leyes y del orden divino y humano.

Al expresar por lo tanto desde lo mas profundo de mi corazón mi agradecimiento al burgomaestre y al consejo municipal, así como á la población, á cuyo agradecimiento se adhiere mi esposa, hemos destinado para los pobres los 2,000 florines que acompaño, y que suplico á dichas autoridades que les distribuyan.

Baden-Baden 15 de julio de 1864. — GUILLERMO. »

La Hoja de los Baños anuncia que estos dos mil florines se dedicarán, con consentimiento del rey, á una fundación llamada *Fundación del rey Guillermo*, cuyos intere-

ses se distribuirán anualmente el 14 de julio entre las clases menesterosas de la ciudad. Esta fundación, añade el mismo periódico, se ha aumentado ya con 1,000 florines que ha dado un desconocido. El consejo municipal tiene además intencion de añadir otros 1,000 florines, de manera que se encuentra ya reunida una cantidad bastante considerable para perpetuar la memoria del día en que Dios ha protegido tan visiblemente la vida de un monarca generoso.

La *Gaceta de Carlsruhe* publica los siguientes pormenores sobre el autor del abominable atentado contra el rey de Prusia, y habla de las disposiciones penales que pueden aplicarse al criminal :

« El padre de Oscar Becker es consejero de Estado y profesor en Odesa, y uno de sus tios es consejero de Estado y profesor en Kiew. Se dice que su familia es oriunda de Sajonia, pero es indudable que su madre, la primera mujer de su padre, casada en terceras nupcias, era de este país. Oscar Becker ha sido educado en la escuela de la Cruz en Dresde, y pasó en 1859 á Leipzig á estudiar leyes. Tiene veinte y dos años de edad, es de estatura regular, flaco, rubio, pálido é imberbe. Ha traducido del ruso una tragedia de Lwoff. Asegura que no ha pertenecido á ninguna corporación de estudiantes.

En cuanto á la pena en que ha incurrido, el artículo 593 del Código penal castiga con la muerte como reo de alta traición al que ataca á un individuo de la Confederación germánica con intencion de ocasionar la disolución de la Confederación germánica, ó la separación de una de las partes de que se compone esta Confederación, ó una modificación de la constitucion



OVACION HECHA EN BADEN AL REY DE PRUSIA EN LA NOCHE DEL ATENTADO.



CONCIERTO DADO EN EL LICEO DE LUIS EL-GRANDE EN PARIS, EL 25 DE JULIO DE 1864.

Una hora escasa había pasado desde que las campanas del monasterio de San Antolin hicieron oír el melancólico *toque de la Oracion*, y ya los honrados y medrosos campesinos se habían ido á ocultar en sus humildes y diseminadas chozas.

El eco triste y prolongado de aquellas campanas parecía escucharse aun como una súplica en el fondo del valle.

Tal vez se confundía con el agudo silbido del viento que azotaba furioso las empinadas colinas.

II.

La tempestad avanzaba en su carro devastador.

El trueno zumbaba á lo lejos como una amenaza.

El relámpago, brillando como nuncio de la lucha de los elementos, se reflejaba en las espumosas olas del mar cantábrico.

El silencio que sucedía al fragor del trueno, era un silencio aterrador. Allá á lo lejos el murmullo sordo de las olas. En el fondo del valle el áspero rechinar de las ventanas tocadas por el viento. Alguna vez el lúgubre y fatídico plañir del ave agorera.

Sobrecogía de espanto la oscuridad tras la luz del relámpago. Solo se veía allá sobre el negro peñón la vacilante llama de la hoguera que los pescadores encendían. Quizás el pálido fulgor de una luz moribunda se divisaba entre las miserables chozas.

La noche avanzaba, avanzaba; pero la voz del huracán se oía siempre.

En algunos instantes parecía que el viento llevaba entre sus gemidos el eco de acentos humanos como una monótona y tristísima canturía que iba extinguiéndose entre las quiebras de las montañas.

Quizás alguna madre pretendía calmar la inquietud de su niño amedrentado, entonando junto á la cuna su canción favorita, cuyos acentos tornábanse tristes á su pesar.

Tal vez la abandonada doncella repetía fantásticas baladas de amores infortunados, aprendidas en esa edad dichosa en que no temía las asechanzas del mundo.

III.

En aquellos solemnes momentos, descendía por la mas empinada colina, como una fantástica sombra, un caballero sin armas, con el rostro descubierto, descompuestas las facciones, dirigiendo en torno suyo miradas de terror.

Al trasponer luego un montecillo, se detuvo jadeante, trémulo, volviendo atrás la vista con ansiedad horrible.

Y escuchó un instante.

En alas del huracán llegó á sus oídos un grito desgarrador.

Y tembló mas al convencerse de que aquel grito era de una mujer; de una mujer que pronunciaba su nombre.

Y aquel grito lo repitió cien veces el viento entre sus agudos silbidos.

Un sudor frío corrió por la frente del caballero, que en vano pugnaba por cubrirse con los embozos de su ancha capa.

— ¡Ricardo! ¡Ricardo! repetía la voz mas cercana cada vez.

Y el caballero temblaba mas que nunca viendo avanzar hacia él una ligera sombra blanca.

Era una mujer. Subió al fin á la cumbre del montecillo, se acercó al caballero, le abrazó con efusión, y exhalando un ahogado suspiro le besó en los labios.

La luz intensa de un relámpago bañó aquellas dos figuras, cuyas sombras se proyectaban gigantescas al pie del montecillo.

— ¡Ricardo! dijo aquella mujer cuya mirada brillaba siniestramente; te he perseguido para darte este último beso, porque mi amor es mas grande que nuestro crimen.

¡Sí! prosiguió; pero ¡maldito seas tú, y maldito tambien este mismo amor por el que he venido á hacerme cómplice de la muerte de mi padre!... ¡Maldito seas! ¡maldito seas!...

Y el eco de aquella terrible maldición zumbaba en el espacio como la imponente voz de la tempestad.

IV.

La calma de la muerte sucedió á la lucha de los elementos.

Aquella mujer, aquella sombra blanca se alejó con incierto paso y fué á perderse entre las sinuosidades de la montaña.

El caballero, sintiendo su corazón combatido por mil contrarias emociones, se llevaba las manos á la frente y luego se golpeó el pecho, como dudando de su propia existencia, y queriendo darse cuenta de que todo lo que había visto y oído era hijo de una fascinación.

— ¡Elvira! exclamó despues con acento conmovido, y como si aquel nombre trajese á su pensamiento un mundo de encantadores recuerdos y á su conciencia todo el peso de un crimen horrible, sonrió como sonríe el adolescente ante la hermosa imágen del primer amor, y despues dejó caer sobre el pecho su frente nublada por la sombra del remordimiento.

Aquel nombre había sido repetido mil veces por las perfumadas brisas, turbando dulcemente el silencio de las citas misteriosas.

Aquel nombre encerraba todo un poema de amor pu-

risimo y todos los encantos de la pasión mas ardientemente voluptuosa.

Porque Elvira y Ricardo que se encontraron en el mundo con el corazón todavía niño, se amaron primero con la inocencia de los ángeles, con la tranquilidad del espíritu que reina solo, sin el tormento de la lucha. Pero cuando un suspiro de la tierra se exhaló de sus puros labios, y descendieron, y tronzadas las alas de los ángeles, se encontraron las manos trémulas del hombre y la mujer, y en sus miradas ardientes sorprendieron un rayo que embriagaba, que atraía irresistiblemente, que mataba y hacia morir con una dulzura infinita... ¡oh! entonces las locuras de la pasión borraron la inocencia del amor tranquilo; el espíritu cegó y sucumbió al fin en lucha con la materia, que se hace despota y soberana señora ofreciendo siempre á sus esclavos la seductora copa del placer.

Y el fuego de una pasión influye fatal y terriblemente en algunas naturalezas. Es un fuego devastador que conduce hasta el crimen.

Por eso el nombre de Elvira que traía á la mente del caballero todo un mundo de dulcísimos recuerdos en que se confundían lágrimas, besos y suspiros de amor, evocaba á la vez la sombra ensangrentada del anciano que al ir á recobrar á su perdida hija encontró en su camino al desesperado amante, que en un instante de delirio, hundió en su seno el puñal homicida. Aquella sombra pesaba sobre su abatida frente, y se alzaba terrible en su conciencia donde aun resonaba el eco de una maldición.

V.

El caballero descendió como un loco del montecillo y cruzó el ancho valle vagando á la ventura.

Diriase que huía de una sombra que se adhería á sus pasos y que le perseguía á su pesar. Pero eran vanos sus esfuerzos, porque aquella sombra era la suya propia y mas se agrandaba cuanto él mas se guarecía entre las colinas.

¡Cuántas veces huimos tambien del mundo y de las exigencias de la sociedad que creemos la causa de nuestros tormentos, y cuando nos hallamos solos, frente á frente de nosotros mismos, es cuando nos convencemos de que dentro de nosotros está nuestro único enemigo!

El mayor verdugo del caballero era su propia conciencia. El crimen le abrumaba, á pesar de que le había cometido en un momento de fiebre, de delirio, de extravío completo de la razón.

El cansancio vino por fin á rendir tambien sus fuerzas físicas, y cayó desplomado presa de un repentino vértigo.

Cuando salió del desmayo empezaba á despuntar la aurora.

Se hallaba frente al monasterio de San Antolin. Una idea consoladora vino á prestarle fuerzas, y se levantó como un mártir apoyado en la fe.

Se acercó al pórtico del convento. Los acentos graves del órgano y las voces acompasadas de los monges le infundieron nuevo aliento, una vida que él ignoraba.

Llamó, y las puertas del monasterio se abrieron.

— ¿Quién sois y qué queréis? dijo una voz áspera que parecía salir de entre los pliegues de una espesa capucha.

— Soy, dijo el caballero, un miserable peregrino extraviado que va buscando senda mejor y mas segura; quiero ver al reverendo abad, que pienso ha de mostrarme esa senda que yo no encuentro.

— Creo comprenderos. Pasad y aguardad un instante, que los hermanos están en el coro, y nuestro superior reza tambien con ellos.

Pasó el caballero y la puerta se cerró tras él con un estrépito que se hizo sentir en los dilatados claustros.

El misterioso portero había desaparecido.

Nuestro héroe se encontró en un ancho zaguán iluminado débilmente por la luz amarillenta de una pequeña lámpara que pendía de la oscura y abovedada techumbre.

VI.

Se hallaba solo; solo con sus pensamientos y las eternas sombras de su conciencia.

A su pesar temblaba.

La luz vacilante de la lámpara, ya le bañaba con triste claridad, ya le dejaba á oscuras iluminando el opuesto ángulo y dibujando y borrando con sus continuas oscilaciones fantásticas figuras que se desvanecían y reaparecían sin cesar.

El viento silbaba aun despues de la tormenta, y remedaba mil gemidos en las largas cruías del convento.

Los graves y monótonos acentos de los monges llegaban confusamente á los oídos del caballero que, por la agitación de sus labios, parecía que murmuraba alguna plegaria. Tal vez repetía horrorizado la maldición que escuchó tras el último beso de su único, infortunado amor en la cumbre del montecillo.

El canto de los monges se fué extinguiendo poco á poco, y despues se oyó el ruido de algunos pasos.

Se abrió una pequeña puerta, y un monge anciano se adelantó hacia el caballero.

— ¿Sois vos quien desea verme? dijo despues de un instante. Si es asunto de conciencia el que tratar queréis, seguidme.

— ¿Sois vos el reverendo abad?

— No soy mas que vuestro hermano en Jesucristo, contestó el anciano con melancólica dulzura.

Aquella voz serenó el espíritu del caballero, que siguió los pasos del monge como el sediento peregrino á quien se marca la senda que conduce á la escondida fuente.

VII.

Desde aquel día la vida del caballero fué una vida de penitencia.

Parecía que le ahogaba el aire que respiraba fuera del convento.

No hallaba calma su corazón sino en la santa soledad de los claustros. Las plegarias de los monges acompañadas de los graves acentos del órgano, elevaban su alma á un mundo desconocido.

El anciano abad llegó á ser para él un cariñoso padre, y á él acudía siempre como al único puerto, donde se calmaban las tempestades de su espíritu.

La materia, vencida al fin en aquella lucha á muerte, languidecía, se consumía lentamente entre los rigores de la penitencia, como avergonzada de haber oprímido con los mezquinos lazos de la tierra, lo que tiende á elevarse irresistiblemente al cielo por una aspiración santa é infinita.

Cuando el caballero, aconsejado por los mismos monges, abandonaba el convento, para distraer el ánimo paseando por el valle, insensiblemente y absorto en sus meditaciones se dirigía hacia la orilla del mar. ¿Quién podría comprender todo lo que á aquel combatido espíritu decían las olas con sus eternos murmullos?

Inmóvil, desde la empinada roca, las veía avanzar soberbias y amenazadoras, las veía estrellarse en las duras peñas y retroceder sepultando en las profundas olas la hirviente espuma. Y siempre igual, aquella lucha incansante representaba á sus ojos la imágen de la que el hombre sostiene dentro de su alma mientras cruza la áspera senda de su tristísimo destierro.

Y entonces inclinaba la frente pálida ante aquel espectáculo de la naturaleza, y lloraba porque todavía no era tan desgraciado que se hubiese agotado en él la consoladora fuente de las lágrimas.

Y si al murmurar entonces una oración, dirigía al cielo sus miradas, quizás veía cruzar con raudo vuelo las blancas palomas del mar; y entonces sonreía con melancólica dulzura, porque aquellas palomas le parecían otras tantas almas tornando alegres á su patria bendita.

VIII.

Una tarde, hallábase el caballero á la orilla del mar, absorto en las contemplaciones de la naturaleza.

Cumplíase un año desde que, huyendo del teatro de sus amores y de sus terribles desgracias, había venido á refugiarse al valle de San Jorge y á encontrar un santo asilo en el hospitalario monasterio de San Antolin.

Pero aquella tarde no se oía la imponente voz de la tempestad.

La suave luz del crepúsculo iluminaba el horizonte.

Poco á poco iban desvaneciéndose las purpúreas tintas de los últimos rayos del sol.

Los pajarillos volaban silenciosos en busca de su blanco nido.

La naturaleza entera se preparaba á las misteriosas horas del sueño.

Solo el mar se agitaba murmurando, aunque lentamente. Tambien cuando reposa la naturaleza del hombre, se oyen, aunque mas pausados, los latidos de su agitado corazón. Porque el corazón del hombre es un mar que se agita siempre.

En aquellos solemnes momentos llegaron á los oídos del caballero unos gritos confusos que salían de las lejanas chozas. Dejó de seguir con la vista los movimientos de las olas, y se volvió á mirar hacia el valle, escuchando atentamente

— ¡La loca! ¡allá va la loca! gritaban sin cesar.

Y el caballero temblaba, temblaba á pesar suyo, como si aquellas voces llegasen amenazadoras hasta su conciencia.

Las campanas del monasterio tocaron á la oración y los gritos cesaron. Reinó en el valle el silencio mas profundo.

Pero el caballero miraba y escuchaba siempre.

Allá entre las sombras de las colinas pudo distinguir un bulto blanco y ligero que unas veces corría y otras se paraba; ya volvía sobre sus pasos, ya avanzaba nuevamente, hasta que en sus incansantes movimientos llegó al pie de la roca donde él se hallaba inmóvil. Entonces pudo distinguir que el bulto blanco era una mujer, y aquella mujer dió un grito. Y desatentada, febril, delirante, subió al pico de la roca y se acercó al caballero. Una suave ráfaga de aire echó á su espalda los cabellos que flotaban en desorden sobre su rostro pálido.

Sus ojos brillaban con el ardor de la fiebre, fijos en los del caballero.

— ¡Elvira!... murmuró este, dominado por aquella mirada que le atraía irresistiblemente.

— ¿Y tú me conoces?... dijo ella sonriendo con margura.

Pero yo no soy Elvira, no. ¿Porqué me das ese nombre?...

Llámame la loca, como me llaman esos pobres campesinos... ¿No has oído sus gritos? ¡Allá va! ¡allá va la loca! ¡ja, ja, ja! ¡Pobres gentes! No saben ellas á donde yo vengo. Ignoran que hace un año abandoné el castillo donde aun vagaba la sombra de mi padre para perseguirte y buscar tus perdidas huellas; para darte á la luz de un relámpago el último beso de un amor que



EL BAUTIZO DE Mlle CLAIRON, cuadro de M. E. Fichel.

ncerraba todas las dulzuras del paraíso y todos los tormentos del infierno. Ignoran también que hoy abandono los peñascos donde me he guarecido y alimentado como las fieras, para venir a exhalar en tus brazos mi último suspiro. Porque yo voy a morir, Ricardo... Voy a morir amando a Dios y pidiéndole perdón, como pueden los locos; con la razón extraviada..... ¡ja, ja, ja!... pero con toda la fuerza del senti-

miento. Por eso quiero pedirte perdón también a ti, Ricardo. ¿Te acuerdas de aquella noche terrible en que zumbaba el trueno? Creo que entonces empezó mi locura...

Yo sellé tu boca con el fuego abrasador de mis labios... Después... Yo te maldije; yo maldije nuestro amor, sin comprender, sin adivinar que había de despojarse de todo lo mezquino de la tierra y de todo lo sangriento del crimen para revestirse de la pureza de sus primeros inocentes goces..... ¡Ah, Ricardo! yo misma rechazé aquella maldición, porque tú también te has purificado; si, yo sé que se ha purificado tu alma en el crisol de la oración y la penitencia. También la noche que te besé y te maldije en la cumbre del montecillo, el cielo, el mar y la tierra estaban preñados de horrores, y hoy, ya ves cómo aparece la noche pura y serena; la luna hermosa que en el cielo brilla, se retrata melancólica en las aguas apacibles... ¡Oh! dame tus manos, Ricardo, que desfallezco. Me siento morir, y creo que mi razón se esclarece. ¡Hace tanto tiempo que no lloro!... Y ahora brotan de mi corazón las lágrimas de una ventura ignorada... ¡Padre mío, perdónanos!

— ¡Elvira! gritó el caballero sintiendo en sus brazos todo el peso de un cadáver. Y luego cerró piadosamente aquellos ojos que aun le miraban á través de dos lágrimas con una dulzura indefinible, haciendo también la señal de la cruz en aquellos labios que se estremecían hasta después de haber exhalado el último suspiro.



RAQUEL CRIANDO A JOSÉ EN EL DESIERTO, grupo en tierra cocida, por M. Lebroc.

IX.

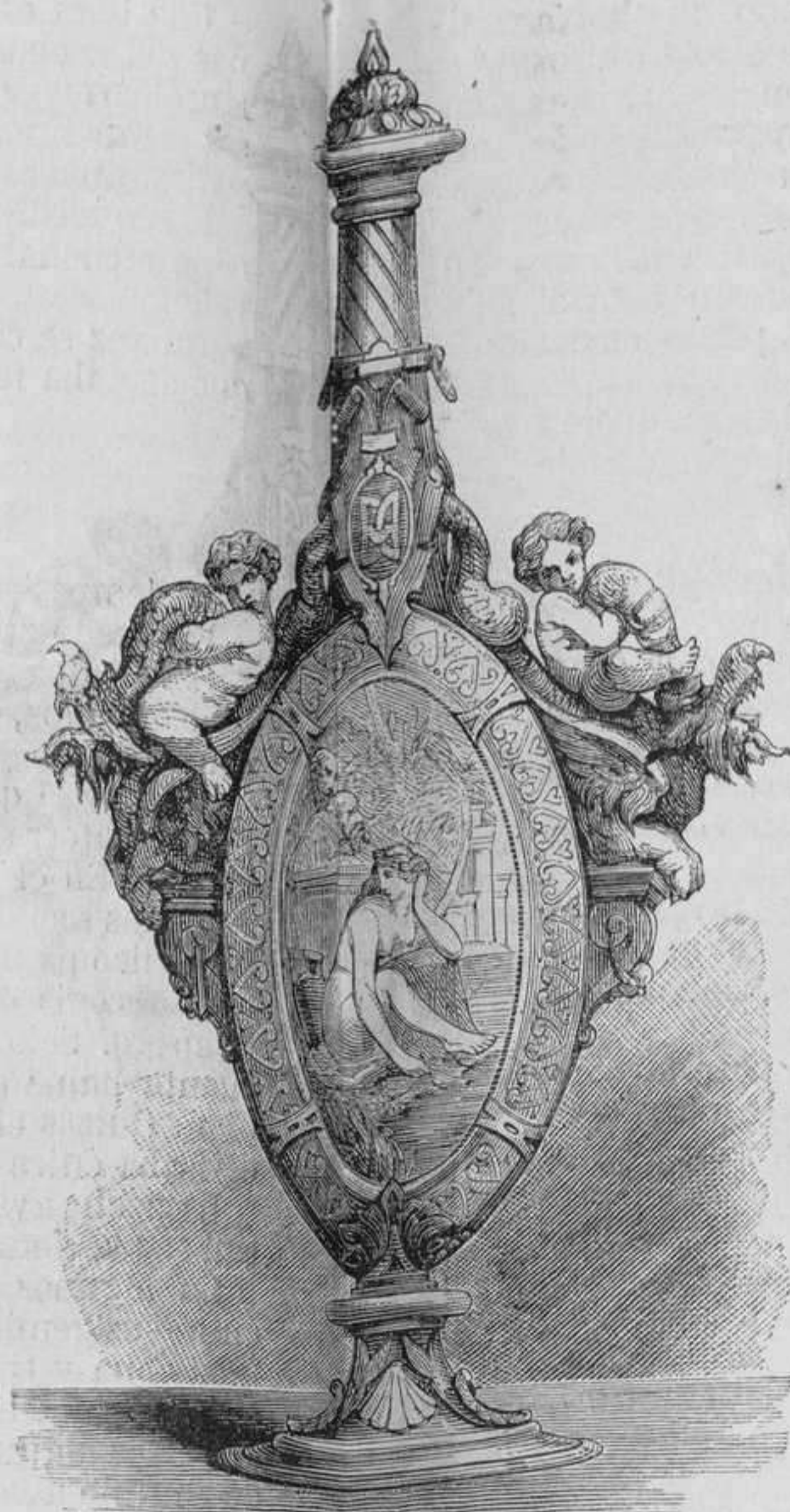
El buen caballero oró largo tiempo al lado del cadáver de aquella pobre loca que sufrió el martirio de un año, para espirar fortaleciendo el alma tribulada de su amante, y volar al cielo como ángel de su redención.

El caballero se levantó al fin, tranquilo y consolado, y descendiendo de la roca, se dirigió con insegura planta hacia el monasterio, donde le esperaban impacientes los monjes.

El anciano abad le recibió con los brazos abiertos y escuchó atento el relato del fin de la infortunada Elvira, y la manifestación de un deseo que agitaba tiempo hacia el alma del caballero, pero que quiso ocultar hasta verse enteramente purificado.

Era media noche. Algunos monjes, con hachas de viento y conducidos por el caballero se dirigieron á la empinada roca á recoger el cadáver de Elvira.

Al acercarse, dos blan-



JARRON DE PLATA CON MEDALLONES, por M. Dufresne.

cas palomas se alzaron lanzando un triste arrullo. Gemía la brisa. El mar cantábrico murmuraba no sé qué misterios. La luna salió melancólica de entre un pequeño grupo de nubes, y bañó con su luz suave el rostro pálido de la loca.

Parecía dormida. En sus cerrados párpados temblaban aun dos lágrimas. Aquellas lágrimas prometían un cielo.

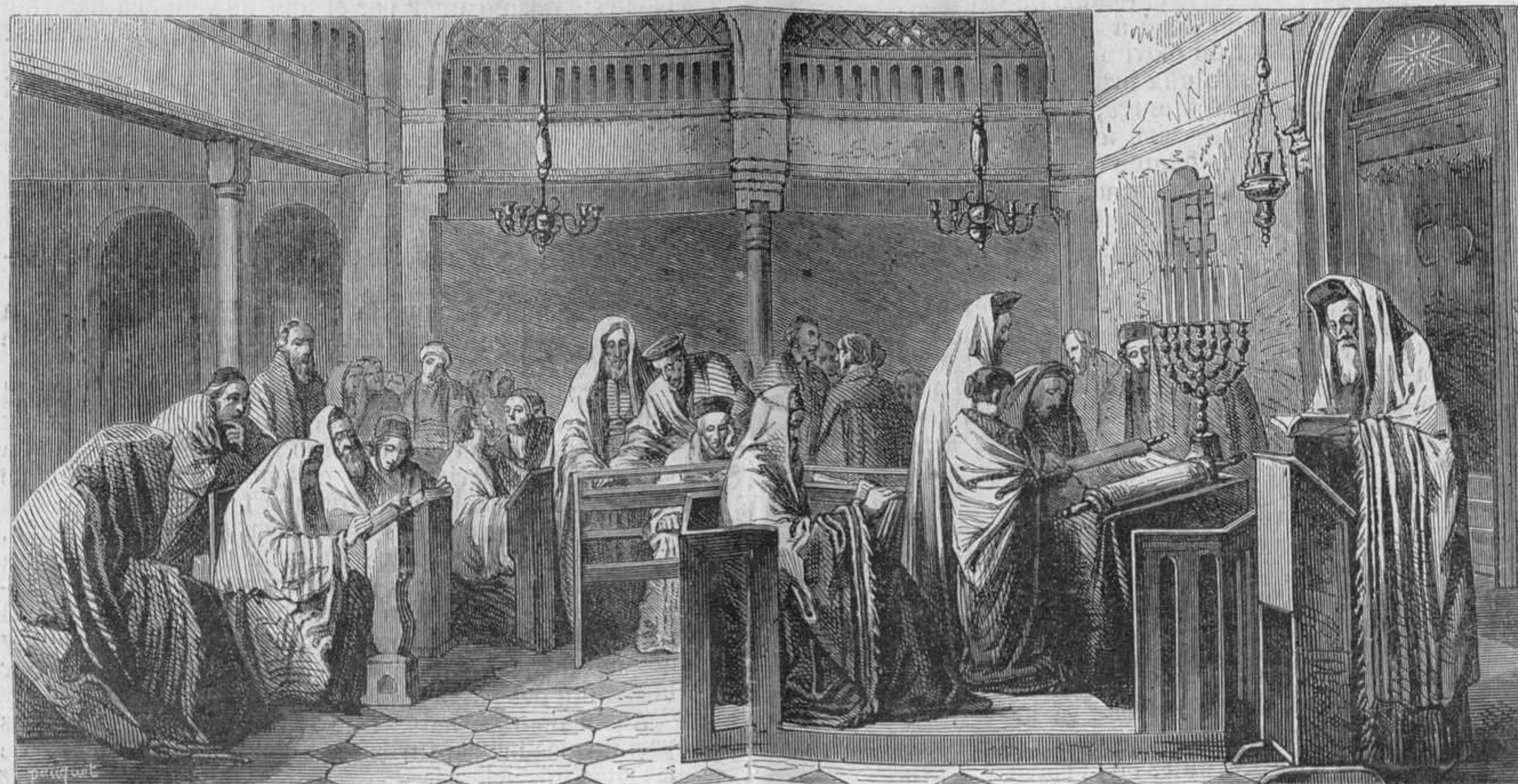
Cuando las puertas del monasterio se cerraron luego tras las fantásticas sombras de los monjes, los acentos del órgano preludieron un canto fúnebre.

A la mañana siguiente, las sencillas aldeanas iban con supersticioso temor á besar el pobre túmulo donde yacía el cadáver de aquella loca que veían cruzar por los sembrados, ocultándose en las fragosidades de la montaña.

Todas juraban que á media noche habían llegado á sus oídos los ecos tristes de una lúgubre canturía, y que en sueños habían visto la huera de fantasmas blancos y con luces al



LAS ATORMENTADORAS DE AMOR, cuadro de M. C. l'Étoile.



INTERIOR DE UNA SINAGOGA DURANTE LA LECTURA DE LA LEY, cuadro de M. E. Moyses.



LA PRISION POR DEUDAS, cuadro de M. J. Worms.

rededor del cementerio, y en torno de la roca á donde se dirigía muchas tardes el misterioso caballero del convento, que un año después oraba sobre aquella misma roca envuelto en el hábito de monje de San Antolín.

EDUARDO BUSTILLO.

quince años recibiendo gravemente una lección de armas de un soldado de los guardias franceses, en presencia de la abuela, de los amigos de la familia y de los criados, todos ellos muy orgullosos con el aire del muchacho tan bien plantado delante de su profesor. Este cuadro ha sido uno de los más admirados.

M. DUFRESNE: Jarrones de plata con medallones de bulto.

Exposición de 1864.

M. E. FICHEL: El bautizo de Mlle Clairon. — Mlle Clairon, la célebre cómica francesa del siglo último, nació en la ciudad de Condé (Hainaut) durante el carnaval de 1723. Vino al mundo antes de tiempo en un día de baile de máscaras. Habiendo concebido temores por la vida de la delicada criatura, sus padres, como buenos cristianos, quisieron que fuese bautizada inmediatamente. La ocasión era propicia; el cura y su vicario asistían á la fiesta, pero el cura se hallaba disfrazado de arlequín y el vicario de payaso, y como no podían esperar á que se quitaran sus disfraces, así bautizaron á la futura artista, que debía hacer una revolución en la tragedia y preparar el advenimiento de Talma suprimiendo los héroes griegos ó romanos vestidos á la moda de Luis XIV.

Este bautismo singular ha suministrado á M. E. Fichel, émulo de Meissonnier, el asunto de un bonito cuadro. Pero la obra principal del autor es, á mi juicio, la Primera lección de armas, que representa un joven noble de unos



EL CENTAURO TEREQ, grupo en yeso de M. E. Fremiet.

Los medallones de estos jarrones representan: *Tobias y el ángel Gabriel, Susana en el baño, Rebeca en la fuente y la Samaritana*. Los asuntos han sido compuestos y dibujados por M. Dufresne, discípulo de M. P. Delaroche y M. Drolling, con un conocimiento perfecto del bajo-relieve antiguo.

M. WORMS: *Prision por deudas*. — No se debe pedir á la pintura lo que no puede darnos. Por este motivo los cuadros filosóficos tienen en general para mí el valor de un jeroglífico. El lienzo de M. Worms no entra en este orden de ideas; la composición tiene en efecto cierta tendencia filosófica, pero esto no impide que la obra sea esencialmente dramática. Una vida desordenada conduce á la cárcel al que ha cometido el crimen de imprevisión, y en esto está la crítica. El cuadro que abunda en calidades recomendables ha sido comprado por la casa Goupil, que sabe elegir sus adquisiciones.

M. E. FREMIET: *El centauro Tereo*. — El nombre de M. E. Fremiet tiene actualmente una notoriedad que en nada podrían aumentar nuestros elogios. La alta distinción que ha recibido el año último no ha hecho mas que consagrar oficialmente un mérito reconocido por todo el mundo. Es uno de los artistas que ha elegido el emperador, para que reproduzcan las diferentes armas del ejército francés con una absoluta exactitud de detalles. Sus animales en bronce se encuentran en las casas de los aficionados. M. E. Fremiet es el digno émulo de M. Mene, que ha sido condecorado hace pocos días con aplauso de todos los artistas, unanimidad que es bastante rara. Mene y Fremiet se disputan las chimeneas de todas las personas de gusto.

El Tereo que aquí reproducimos no es un adorno de chimenea, al menos en las proporciones que tenía en la Exposición. El centauro de tamaño natural, si puedo explicarme así tratándose de un ser fabuloso, se lleva á su guarida un oso vivo que acaba de coger en las montañas del Hemus, y que se defiende con rabia. El torso del centauro es obra de mérito, y prueba que M. Fremiet sabría modelar la criatura humana con igual talento que los caballos y los gatos. — Ha expuesto también un gatito de dos meses, de bronce plateado, que es una obra preciosa.

M. LEBROC: *Raquel criando á José en el desierto*. — Es un grupo en tierra cocida. A pesar de la ingratitud de la materia amarillenta que constituye el barro endurecido al fuego, M. Lebroc ha sabido dar mucha gracia á la figura de Raquel. La transparencia del mármol presta á la escultura un hechizo que en vano se buscaría en el yeso, y sobre todo en la tierra cocida. Debemos pues agradecer al artista que combatiendo esta imperfección de la materia, ha ejecutado una obra de mérito.

M. MOYSE: *Sinagoga durante la lectura de la ley*. — M. Moise ha pintado el interior de un templo israelita en el momento en que un joven neófito ha sido llamado á la santa mesa para recitar en hebreo las plegarias que preceden y siguen á la lectura de cada capítulo del texto sagrado. Este cuadro representa con la mayor exactitud un interior y unas ceremonias que el público en general conoce muy poco. El efecto que produce esta pintura serena y un poco sombría no puede ser mejor. M. Moise expuso hace dos años otro cuadro de género de un asunto parecido, *Cánticos religiosos*, que llamó sobremanera la atención pública.

M. L'ETOILE: *Las Atormentadoras de amor*. — Nadie en Francia conoce á M. L'Etoile, pintor, nacido en Blois, pero en cambio los inteligentes saben reconocer bajo este seudónimo el gracioso pincel y toques elegantes de un hombre de mundo, M. de Beaumont. ¿Porqué M. de Beaumont oculta su talento con un nombre falso? Por mi parte lo ignoro. El cuadro ha sido inspirado por estos versos de Alfredo de Musset, que sirven de epigrafe al asunto:

Quel que soit le mal qu'il endure,
Son triste rôle est le plus beau;
Il aime encor mieux sa torture
Que votre métier de bourreau.

(Sea cual fuere el mal que sufre, — su triste papel es el mas hermoso; — prefiere su tortura — á vuestro oficio de verdugo).

El Amor, ese niño maligno, sujeto y alzando á sus verdugos sus hermosos ojos azules, está rodeado por las jóvenes á quienes ha atormentando tanto en sus años juveniles; rubias, morenas, doradas y negras también, todas han tenido que habérselas con el Amor, y así se vengán atormentando á su vez á ese feroz atormentador maldecido y amado al mismo tiempo. A. M.

¡TODAVIA!

(Continuacion.)

— Aguardadme un instante; y subiéndome á su habitación se vistió rápidamente sin despertar á Rosalía, volviendo á reaparecer alegre y risueña en la rústica escalera.

El recuerdo del baile y de Federico, estaban en este momento lejos de su mente. ¿Cómo pensar en el imperitante que le recordaba sus treinta y tres años en el momento que alegre y ligera como una niña de diez y seis iba á recorrer los valles y los bosques?

Diana recorrió todas las cercanías, incluso las aldeas de Lucerna, San Juan, Latour que se encontraban cerca de la granja, distraendo su espíritu de tal modo su nueva vida, que al cabo de tres días aun no había experimentado un instante de enojo ni había tenido tiem-

po de observar la tristeza de Rosalía, que aumentaba á la par la alegría de su señora.

— Se encuentra bien aquí, murmuraba para sí la camarera; prolongará su estancia hasta Dios sabe cuándo, y entre tanto Serafin partirá sin volver á vernos acaso en muchos meses.

Y la pobre joven dejaba correr sus lágrimas que al cabo fueron sorprendidas por la condesa. Esta interrogó á la joven, arrancándole parte de su secreto, y murmuró:

— ¡Pobre niña! no es justo que por un capricho mio pierda quizá la felicidad de toda su vida.

Discurriendo el medio de conciliarlo todo y convenciéndose de que en el campo bien podía pasar sin doncella, exclamó:

— Rosalía, yo me encuentro muy bien aquí, y prolongaré mi estancia por algun tiempo.

A estas palabras, Diana que observaba atentamente, notó profunda alteración en el rostro de Rosalía y continuó sin poder disimular una sonrisa:

— Pero hay un contratiempo: como no creí permanecer aquí tantos días, he olvidado una porción de objetos que tendréis que ir á buscar á Turin.

El rostro de Rosalía cambió repentinamente, y su señora prosiguió:

— Tienes pues que partir al instante, y para que nada olvides, no te precipites, detente en Turin cuantos días juzgues necesarios.

La joven besó trémula de emoción la mano de la condesa y salió á hacer sus preparativos para ir al camino real á tomar la diligencia.

III.

En breve la condesa advirtió que la conversacion de Tancredi no era de las mas variadas, y le encargó en su consecuencia algunos libros, que el noble mayordomo le proporcionó, pidiendo despues licencia para visitar algunas posesiones lejanas, licencia que Diana le otorgó sin dificultad, porque la idea de un aislamiento completo halagaba su alma.

Sin embargo, este deseo realizado dió en breve paso á las amarguras: joven, hermosa, verse dueña de su corazón, de su tiempo, de todas sus acciones... le parecía un castigo de la suerte que no merecian sus cualidades. Con el libro ante sus ojos largo rato y sin leer las letras que miraba, Diana acabó por cerrarle murmurando con despecho:

— ¡Ingrato, ingrato!

Era evidente que la condesa volvía á ser víctima de sus tristes pensamientos, y que la imagen de Federico volvía á atormentarla.

Las lágrimas que surcaron su rostro dieron en breve muestra de su profundo pesar, pesar mas propio de una niña caprichosa que de la condesa que contaba entre sus tesoros diez y ocho años de experiencia del mundo.

Despues de pasear agitadamente por el salon, tomó un libro, descendió por la rústica escalera, y buscando distracción á sus pesares se encaminó á continuar su lectura en el parque al aire libre, situándose en un espeso bosquecillo de castaños que formaban un perfecto pabellon de follaje.

Apenas Diana habria leído una página del libro que no hacia mucho honor al gusto literario de Tancredi, cuando un furioso golpe de viento la envolvió en su propia esclavina, arrancando de su mano la sombrilla y enviando el libro á larga distancia. En cuanto Diana reparó un poco el desorden de su traje que no la inquietó en la perfecta seguridad de hallarse sola, buscó el libro víctima principal del huracan, distinguiéndole á gran distancia detenido por un objeto que Diana reconoció por la espalda de un hombre reclinado ó dormido á la sombra de un árbol.

El desconocido, á quien sin duda el libro al chocar con su espalda habia sacado de una profunda meditacion ó un profundo sueño, volviósse á reconocer el objeto que llegaba á turbar su tranquilidad, quedándose absorto á la vista de Diana que hacía él se dirigia, levantándose inmediatamente para ofrecerle con galantería su libro.

Diana le dió gracias con una ligera inclinacion de cabeza, añadiendo que el libro no valia la pena que se habia tomado, palabras que parecían obligar al joven á leer el título del libro, lo que hizo en efecto, murmurando con timidez que conocia la obra y era una mala traduccion.

— Es sin embargo, murmuró la condesa con burlona sonrisa, uno de los mejores libros que se encuentran en las librerías de estos contornos.

Ya iba á despedirse del joven, cuando este preguntó si era la propietaria de la granja.

— En efecto.

— Entonces, señora, os pido mil perdones por haberme permitido descansar en vuestras propiedades, crimen que cometo á menudo arrastrado por la hermosura del lugar y á favor de una abertura que las aguas han practicado en el muro.

Si el individuo que así se explicaba hubiese tenido mas experiencia, Diana le hubiese invitado á continuar sus costumbres; pero á un joven de veinte años, ¿cómo se le decia que se introdujese en el parque cuando gustase, y por un desperfecto del cercado, sin que pareciese una cita? La condesa pues, murmuró algunas frases inconexas y se retiró, olvidando en su embarazo el libro en manos del joven desconocido.

Al dia siguiente se levantó Diana, no muy temprano, porque la afición á paseos matinales se iba poco á poco calmando en su pecho, y penetró en el salon llamando

su atención al punto sobre la mesa el libro que habia dejado en manos del desconocido, acompañado de otros dos primorosamente encuadernados, y con las iniciales E. A. Eran dos novelas de Walter Scott, y una hoja de papel en la que estaba trazado por mano de hombre, pero con primorosa letra, una lista de hasta cien obras de mérito reconocido, y al pié estas palabras:

« Si la señora condesa se digna señalar con nota al márgen las obras que elija, estarán al punto en su poder. »

La condesa llamó á la hija de la arrendadora, que en ausencia de Rosalía ocupaba su puesto, preguntándole quién habia llevado aquellos libros.

— El señor Edmundo Aymard.

— ¿Algun librero del pueblo vecino, añadió la condesa.

— ¡Librero! no, señora, repuso la joven con gran asombro. El señor Edmundo es hijo del señor Santiago Aymard, dueño de esa gran casa que se descubre desde aquí, y es la mas hermosa de la aldea de Latour.

— Bien, véte: exclamó Diana fijando su vista en la casa indicada.

— Sin duda, dijo para sí la condesa, ese joven debe ser algun personaje de este pais á juzgar por el asombro con que esta muchacha ha oído mi calificación de librero.

Trató de recordar el aspecto de Edmundo para formar juicio mas exacto, y acabó por leer con detenimiento el catálogo, que para no emanar de una librería, representaba un tesoro literario.

Se citaban en él multitud de novelas inglesas y francesas de los mejores autores, casi todas las obras de los autores clásicos griegos y latinos, y gran número de otras de religion ó ciencia, causando todo la admiración de la condesa, que no sabia qué pensar de aquel misterioso personaje escondido entre labriegos y que ya excitaba fuertemente su curiosidad.

Pudo al punto satisfacerla, porque apenas habia terminado de almorzar, cuando la hija de la arrendadora subió á decirle que Edmundo estaba abajo y pedia su catálogo. Diana dió orden de que le hicieran subir, pasando un instante á su dormitorio á dar algun toque á su traje de mañana.

Al verse ante la condesa Edmundo se turbó, dió mil excusas sobre su inoportuna llegada, asegurando que él no habia tenido la pretension de verla, y que solo le llevaba el deseo de saber los libros que escogia para traérselos.

Diana le dió gracias por tantas atenciones, rogándole que se sentase, y haciendo girar la conversacion sobre los libros del catálogo, pidiendo al joven su parecer sobre los que juzgaba de mas interés para ella.

En tanto que Edmundo hablaba, Diana verificaba un escrupuloso exámen de su fisonomía: su rostro ovalado, terso y de una expresion infantil, revelaba una dulzura infinita, que resaltaba aun mas en el azul claro de sus ojos, velados por largas pestañas, que los ocultaban por completo cuando sus miradas se encontraban con las de la condesa.

A causa quizá de su misma timidez, que le impedia aprovechar un instante oportuno para retirarse, su visita fué larga, lo cual le permitió reponerse y hablar con desenvoltura de la literatura, de la poesia y por fin de la hermosura del pais, citando sitios que Diana no conocia, y manifestó deseo de conocer si la suerte no le habia deparado un guia de tan pocos atractivos como el pobre Tancredi.

En vista de esto Edmundo se ofreció á acompañarla, ofrecimiento que Diana aceptó sin vacilar, separándose ambos con el plan de visitar al dia siguiente las canteras que habia á dos leguas del *Chalet*.

A las pocas horas de partir Edmundo, recibió Diana una carta de Tancredi en la cual le anunciaba su próximo regreso para acompañarla á Turin, suponiéndola ya cansada del campo y de la soledad. La vispera Diana, quizá hubiera llamado á Tancredi con afán, pero en el dia que recibió su carta, una nueva estrella habia brillado en su nublado cielo, y se apresuró á contestar al mayordomo que podia detenerse el tiempo que gustase.

Al dia siguiente Edmundo llegó á buscar á la condesa, que no pudo contener un movimiento de sorpresa al ver que llevaba del diestro una magnífica mula sobre la que se veía un sillón ó jamuga, prevención que arrancó una sonrisa de satisfacción á la condesa, que encontraba en aquel niño habitante de los bosques la prevision del mas distinguido cortesano.

La condesa le dió gracias, montó alegremente y dió orden de que buscasen un aldeano que guiase su mula, á lo cual se opuso Edmundo diciendo que él mejor que nadie conocia las sendas de aquel pais, á lo que accedió por fin Diana, que despues de disipado el primer temor tan natural en quien por primera vez monta en semejante cabalgadura, se abandonó á ella y emprendió una animada conversacion con su guia, saliendo de su propia boca que era hijo único, que habia perdido á su madre siendo muy niño y que su padre, muy ocupado, no salia nunca de la aldea.

— ¿Y me perdonará que os distraiga alguna vez de vuestros estudios? exclamó Diana con encantadora sonrisa.

Edmundo enrojeció como hasta entonces no lo habia hecho delante de la condesa, que creyendo habia herido su amor propio, juzgándole un niño mimado, varió la conversacion.

A medida que Edmundo y la condesa se internaban en la montaña, el joven adquiria mas aplomo y desenvoltura, contestando á las preguntas de la condesa sobre algun hecho histórico con numerosos informes y deta-

les, enlazados ya con la religión, ya con la poesía, dejando volar libremente su imaginación. No era entonces el aldeano tímido del día anterior, dando vueltas con aturdimiento al sombrero entre sus manos, sino el filósofo y el poeta que ante el encanto de la naturaleza deja brotar á torrentes su inspiración. Diana que veía que el entusiasmo daba á su frente nueva hermosura, á su rostro noble animación y vivo fuego á su mirada, comprendió lo que sería aquel ser despojado de su rústica corteza, figurándosele noble, inteligente, sencillo, apasionado, perfecto contraste en fin, de cuantos hombres había tratado hasta entonces.

Esta apreciación le causó agitación profunda: bajó su velo, cerró sus ojos, y dejó que por largo rato su corazón latiese con violencia.

Cuando levantó la cabeza, fuese que quisiera seguir escuchando á Edmundo, ó mas bien variar la conversación, preguntó al jóven qué era aquel musgó blancuzco que cubría parte de las rocas.

— Esto, exclamó Edmundo cogiendo una especie de telilla ó tisú que presentó á la condesa, es *liquen*, planta criptógama de las mas estimables, aunque muy comun en nuestras montañas. Esta planta se compone de dos cualidades bien distintas; una cortezosa, otra medular; y aunque su abundancia es inmensa, á veces la reemplazamos en medicina por el *scyphophogus* y el *cinomyce ranqiferino*, que tienen las mismas cualidades.

Diana no siguió atentamente la explicación del jóven, y no obstante su poética impresión había desaparecido: ante aquella científica explicación, solo vió al jóven escolar, enfático y pedante, y volviendo desdeñosamente su cabeza contempló largo rato la cascada.

¡Maldito *liquen*! hubiera exclamado cualquiera que en la posición de Edmundo hubiera penetrado en aquel instante la causa del repentino cambio en el rostro de la condesa: en cuanto al jóven, á poder leer en el pensamiento de Diana, se hubiese aterrado, porque jóven é inexperto en materia de impresiones, hubiera creído comprometida para siempre la paz de su corazón, sobre el cual acababa de fijar Diana su ardiente y tentadora mirada.

Llegaron al pié mismo de la cascada: la condesa quiso pasear á su orilla y Edmundo aproximó una piedra que sirviese de estribo á Diana mientras él tenía la mula del ramal; pero como la altura de la piedra fuese insuficiente, ó la torpeza de la dama muy visible, esta estuvo á punto de caer, acudiendo en su auxilio Edmundo que la recibió en sus brazos. Un pequeño grifo se escapó del pecho de Diana y sus cabellos rozaron el rostro del jóven, que la depositó impasible en el suelo con respetuoso ademán, sin advertir la agitación de la condesa.

Esta, menos cándida que su jóven guía, tendió una mirada de terror por la agreste naturaleza que la rodeaba, y á la vista de aquella salvaje soledad, de aquellas rocas peladas, de aquel paisaje inerte, donde no se advertía el vuelo de un pájaro, ni se oía mas que el ruido aterrador de la cascada, su corazón se oprimió dolorosamente y tuvo necesidad de contemplar la cándida y tranquila fisonomía del jóven para recobrar su habitual sonrisa.

El cansancio y calor excitaron la sed de la condesa, y Edmundo corrió á llenar su vaso de campo de la misma corriente, bebiendo Diana repetidas veces y apurando el jóven el líquido dejado por la condesa en el mismo vaso.

— ¡Qué sitio tan hermoso! exclamó Edmundo: en tantas veces como le he visitado, jamás me ha impresionado su magnificencia como hoy. Las rocas de continuo agudas, parecen destacarse en el espacio con mas redondez, y la luz es mas dulce, el aire mas puro.

Mientras Edmundo hablaba así, Diana le contemplaba y sonreía.

En breve se volvieron á poner en marcha en dirección á la granja, cuya vuelta fué menos risueña que lo fué la ida: en ella, sin embargo, Diana descubrió que Edmundo tocaba el piano y el violín, conviniendo en que se trasladaría con el último á la granja algunas noches, ensayando entre los dos algun trozo musical.

Por fin el paseo terminó, y Edmundo se despidió de Diana con mayor desenvoltura, aunque conservando su respetuosa expresión.

IV.

Una semana había transcurrido desde el primer encuentro de Diana con Edmundo, y en ella el jóven asistía periódicamente á pasar unas cuantas horas en las primeras de la noche en amable sociedad con la condesa; dos por la mañana se consagraban al paseo, y tres por la noche á la lectura y la música, prolongándose estas sesiones hasta pasadas las diez, hora en que Edmundo atravesaba rápidamente el valle para penetrar misteriosamente en su aldea y en su casa.

Esta hora, muy natural para la condesa acostumbrada en Turin á recibir su sociedad mas tarde, era muy extraña para Edmundo que nunca estaba fuera de su casa pasadas las nueve de la noche. La preocupación de que se hallaba poseído, no le permitía reflexionar, y solo al cabo de siete días volvió en sí preguntándose el objeto de su cambio de vida y de las mentiras y subterfugios que tenía necesidad de emplear para ocultar á los ojos de todos sus paseos matinales y sus salidas nocturnas.

Todas las noches su padre le acompañaba hasta el segundo piso en que tenía su aposento sin salir de él hasta haberle dado prudentes consejos, recomendándole

sobre todo que no trabajase hasta muy tarde, y se levantase á primera hora para ir á estudiar á la sombra de un árbol. Despues le dejaba, descendía al piso bajo, y allí velaba hasta muy tarde por razones que en breve comprenderá el lector.

En cuanto su padre salía del aposento, Edmundo, dócil en otro tiempo á sus mandatos, escuchaba atentamente, y cuando le sentía ya lejos bajaba con precaución y con una llave sustraída por él, abría una puerta de un patio que salía al campo, y una vez en él atravesaba rápidamente el valle para introducirse en el parque de la granja por la abertura del muro que ya conocemos.

Diana en sus diferentes diálogos había manifestado deseo de conocer al padre de Edmundo; pero aunque este se manifestase reconocido á tanto honor, comprendiendo que tan estrecha amistad no alcanzaria la aprobación de su padre, evitaba las ocasiones de hablar de él á quien por otra parte nada había dicho de su nueva amiga, y para poner fin á las instancias de Diana, inventó una ausencia de su padre que la condesa creyó, y de cuyo error nadie podía sacarla puesto que á nadie de la aldea conocía.

Cada día que pasaba, Edmundo sentía que su corazón y su inteligencia se dilataban experimentando un encanto indefinible en sus diálogos con la condesa, que se prolongaban para él aun despues de separarse de ella, porque su recuerdo le acompañaba y sus menores palabras y acciones las reproducía constantemente su imaginación; había perdido el apetito, el sueño, y sin su padre, que con solicitud le cuidaba, hubiera hasta perdido la salud.

El sétimo día de su encuentro con Diana y al despedirse de ella á las once de la noche, el jóven recordó que debía acompañar á su padre á misa, apresurándose á advertir á la condesa que no le esperase para el paseo matinal.

— Hasta la noche pues, exclamó Diana dejando escapar un leve suspiro que llegó á conmover el corazón del jóven.

— Hasta la noche, repitió él inclinándose graciosamente; se despidió de Diana en el parque hasta cuyo sitio le acompañó, con pretexto de pasear á la luz de la luna.

La mañana siguiente pareció á Diana larga y monótona: oyó misa en la aldea cercana, volvió á la granja, salió de nuevo y por fin se dirigió bajo los castaños del parque en cuyo sitio había encontrado á Edmundo por primera vez.

Por breve que hubiera corrido para ella la semana, había dejado multitud de recuerdos en su mente, y sentada en aquel apacible sitio, con la vista perdida en el espacio y la frente apoyada en su mano, los repasaba uno á uno, y con la sonrisa en los labios seguía el rápido progreso que el tímido niño del valle había hecho en su afecto y su amistad.

Edmundo, de un exterior naturalmente fino, era aristocrático por instinto y el trato de la condesa desenvolvió su inteligencia, comprendiendo al punto las costumbres y maneras de la alta sociedad, para la cual sin duda había nacido, al parecer de Diana. La condesa sonreía al recuerdo de su primer encuentro, deteniéndose con complacencia en el instante en que con el libro en una mano y el sombrero en la otra, se acercó á ella sin atreverse á levantar su vista del suelo; despues se complacía, admiraba sus rápidos progresos y le trasportaba desde la aldea á Turin, alternando con su distinguida sociedad y no perdiendo acaso en la comparación con el resto de sus amigos, porque reuniria á la elegancia del cortesano el corazón sencillo del hijo de los valles.

Un rumor leve la sacó de su meditación, turbándose como si alguien la hubiera sorprendido sus pensamientos, y volvió su cabeza sin ver mas que algunos conejos que al saltar entre el follaje habían causado sin duda el rumor.

Diana volvió á su cuarto, comió y como de costumbre arregló su tocado para la noche, pero esta vez quizá por entretener el tiempo se esmeró mucho mas, vistiéndose con la misma distinción que cuando esperaba la hora de su recepción en Turin.

Las nueve la sorprendieron en sus preparativos; «va á venir,» murmuró; y sentándose con coquetería en el salon, aguardó con un libro en la mano su llegada.

Las nueve y media se oyeron, se oyeron las diez, las diez y media, y Edmundo no parecía.

— ¡Si no vendrá! murmuró Diana, y prosiguió con despecho: sería un proceder muy poco delicado: ha debido prevenirme, mandarme siquiera dos letras... No obstante su griego y su latin, creo que debía recordar que yo le esperaba.

Y llegando al colmo del despecho, pasó á su dormitorio, se despojó de sus galas, envolviéndose en su bata de noche, y apoyó sus codos en la ventana, gozando de la vista de un hermoso paisaje iluminado por la blanca luz de la luna.

Si la diosa, esposa de Endimion, se hubiese dignado descender con su vista hasta una simple mortal, hubiera advertido quizá con satisfacción la identidad de sentimientos que la una abrigaba con los que á ella se le atribuyen.

Como la antigua Diana, la mortal había tambien desdenado los dioses de su Olimpo, y como la diosa, descendía hasta un simple aldeano en medio del silencio y de la soledad.

Diana, cuya vista vagaba por el parque, descubrió á los pocos momentos el bulto de un hombre que parecía deslizarse furtivamente hácia la granja: su primer impulso fué de terror, pero en breve en aquella sombra

reconoció á Edmundo, y su temor desapareció dando lugar á un asombro mezclado de alegría.

— ¡A estas horas! ¿qué significa esto? y al cabo de un instante continuó: ¡Pobre niño, le he juzgado mal!

Y un sentimiento de piedad, de ternura, que penetra siempre en el corazón de la mujer que se cree amada, penetró en el corazón de Diana mientras contemplaba al jóven que avanzaba sin sospechar que había sido descubierta.

— ¡A estas horas! ¡en mi cuarto! ¡cuando todos están recogidos! ¡nunca! murmuró Diana, y abriendo resueltamente su puerta, salió á la escalera rústica dispuesta á cambiar en aquel sitio algunas frases con el jóven y despedirle.

En este instante, Edmundo apercibió la figura de Diana en lo alto de la escalera, y un ligero temblor paralizó todos sus movimientos, teniendo que apoyarse en el tronco de un árbol para no caer. La voz de Diana, esa dulce voz que hacia veinte y cuatro horas que no llegaba á sus oídos, llegó á infundirle valor al oír la exclamar:

— ¿Quién va? ¿sois vos, Edmundo?

El jóven entonces avanzó hasta el primer escalon, que no se atrevió á franquear, y con acento trémulo murmuró:

— Yo soy, señora.

— ¿Habeis tenido que hacer hasta ahora.

— Sí, señora.

— ¿Ha llegado quizá vuestro padre? continuó Diana, que queria dar tiempo de reponerse al jóven.

— Sí, señora, respondió por tercera vez, y haciendo un esfuerzo continuó: Ignoraba que fuese tan tarde, y deseando traer las poesías que ayer me pedisteis...

Mentira, y la mentira, tan extraña en su boca, quemaba, á la par su corazón y sus labios.

Diana, que había desterrado completamente el miedo, cruzó el chal sobre sus hombros, y con paso firme bajó la escalera encontrándose, sin pensarlo acaso, á la entrada del parque: en este sitio hizo notar á Edmundo el limpio azul del cielo y la clara luz de las estrellas, que le ocultaban en parte las ramas de los árboles, y para observarlas mejor avanzó en medio de la plazuela, á donde la siguió Edmundo.

Los piés de Diana tropezaron en las piedras del sendero y el jóven corrió á sostenerla, lo que fué agradecido por Diana que apoyó su brazo en el del jóven.

El corazón de Edmundo latía con violencia, quizá él mismo tenía necesidad de sostenerse en este instante; todos sus buenos propósitos, por que en aquel día Edmundo los había formado, desaparecieron como el humo. En aquel día, segun hemos dicho, se había preguntado con amarga curiosidad, la causa de sus salidas nocturnas, y el examen fué tan triste como verdadero: entonces se ofreció á sí mismo cambiar de vida, volver á sus antiguas costumbres, y cuando volvió á su casa pasada la misa, se encaminó á pasear por sendero opuesto al que conducía á la granja, encontrándose sin saber cómo en el mismo parque de ella, pudiendo contemplar á Diana pensativa en el bosque de castaños, donde bajó aquella misma mañana segun hemos visto.

Cuando la condesa se volvió á la granja, Edmundo salió del parque murmurando:

— ¡No volveré mas!

Las primeras horas de la noche las pasó leyendo en su biblia, extractando los versículos mas en armonía con su situación, y cuando oyó las nueve, cuando oyó las diez, cuando pensó en que hacia hora y media que la condesa le aguardaba, ella, una gran señora de Turin que le dispensaba el honor de descender hasta él, su vista se ofuscó, su mente cruzó el espacio, tomó rápidamente unas poesías del Petrarca que la condesa le había pedido, y cruzando velozmente el valle, llegó hasta el parque, donde le hemos visto encontrarse con la condesa.

¡Ambos caminaban silenciosamente por las calles de árboles, dirigiéndose por instinto al bosquecillo de castaños que tan gratos recuerdos despertaba en sus almas, y llegados allí ambos se detuvieron: Diana se sentó indicando á su lado un asiento á Edmundo, que le dió gracias con una inclinación, sentándose á respetuosa distancia sin que ninguno de los dos se atreviese á romper el silencio profundo que reinaba en torno: ¡qué palabra no hubiera sido fría en tal momento!

Poco á poco Diana fué adoptando una postura mas cómoda: el recogimiento, la meditación, el sueño quizá, cerró sus párpados, y en breve la condesa dormía profundamente con la cabeza apoyada en su brazo.

Las horas de aquella noche pasaron tan tranquilas para la condesa como si hubiera estado en su propio cuarto. Ni el mas ligero rumor turbó su sueño: solo un instante le pareció que las alas de una mariposa rozaban su frente, con tal dulzura como si temiese alterar su tranquilo sueño.

La primera luz de la aurora llegó á abrir sus ojos, levantándose entonces sorprendida, sin darse cuenta con claridad de los sucesos de la noche que había trascurrido. Se encontró cuidadosamente envuelta en su chal y vió á Edmundo sentado en el mismo tronco del árbol en que le había dejado la víspera.

Creyéndole dormido, quiso retirarse silenciosamente, pero en vano; Edmundo, cuyos párpados no había cerrado el sueño, se levantó al mismo tiempo y avanzó al encuentro de Diana, que pudo leer en su rostro una profunda agitación, agitación que llegó á su colmo cuando al desenvolverse la condesa de su chal, cayó el pañuelo del jóven á sus piés. Era evidente que al prestar á la condesa sus cuidados, al preservarla del frío de la noche, había dejado olvidado su pañuelo entre los pliegues del abrigo. ¿Qué tristes pensamientos habían agitado á Ed-

mundo aquella noche que aun se veian lágrimas en sus ojos? ¿Qué extrañas impresiones habian turbado la calma de aquel inocente corazón?

El sol comenzaba ya á mostrar su disco refulgente, cuando la condesa subia el primer escalon que conducia á su cuarto, tendiendo su mano al jóven que vaciló en tomarla, y la estrechó por fin, fijando en la condesa una mirada tan extraña que involuntariamente esta retiró su mano; el recuerdo de la nocturna mariposa atravesó su mente y se separó del jóven dirigiéndole una mirada desdenosa y altanera.

Aquella mañana Edmundo no pareció por la granja, y llegó la noche y tampoco sus sombras favorecieron la misteriosa visita de Edmundo.

Diana le acusaba en silencio, pero en breve su inquietud vencía á su despecho temiendo que el relen-

te de la noche anterior le hubiera producido alguna enfermedad, á cuyo pensamiento penetraba en el corazón de Diana una ternura de amante y de madre á la vez.

¿Qué condiciones pues adornaban á la condesa de Casteldor?

Ya lo hemos dicho; la hermosura, la elegancia, el ingenio.

¿Queréis conocer sus cualidades morales, su corazón en fin? Su corazón nadie le conoció.

¿Quién es capaz de conocer los numerosos pliegues que encierra el corazón de una coqueta!

De ellas no se puede decir ni bien ni mal en absoluto; corazones aprisionados, guiados por su capricho y nunca por su inteligencia, piensan bien y obran mal. Hé ahí el tipo de Diana de Casteldor.

(Se concluirá.)



SALON DEL EMPERADOR EN VICHY. (Véase la Revista de Paris.)



TIPOS DE LAS POBLACIONES DE LAS CERCANIAS DE VICHY; CAMPO DE LOS GRANAFROS; RESIDENCIA DE LA REINA CRISTINA.

Exposicion de Metz.

Evidentemente la emulacion ha penetrado ya en el seno de las provincias francesas, y todas esas exposiciones que se suceden en Besançon, Dijon, Ruan, Marsella, Nantes y Metz son otras tantas pruebas de esa disposicion de los departamentos á prescindir de Paris adquiriendo una vida propia. En Metz nada se ha perdonado para que la exposicion universal de esta ciudad fuese una de las mas notables. Los edificios cubren una superficie de mas de cinco hectáreas. Dos inmensas galerías paralelas se elevan en la plaza Real, y en ellas unos dos mil industriales tienen expuestos sus productos. En una de esas galerías se hallan todos los productos de la industria, representada sobre todo por las grandes casas de los departamentos del Este: la cristalería de San Luis, la fábrica de loza de Serreguemes, la fábrica de porcelana de Sierek, las industrias de ornato y de lujo, las pieles, las joyas, los bordados, los tejidos, felpillas, etc., todos estos produc-



ENTRADA DE LA EXPOSICION DE METZ.

tos recomiendan el genio industrial del Moselle. Al lado de estos objetos figuran los productos de Paris y de otras poblaciones, bronce de arte, pianos, muebles esculpidos, cristales, etc. En la galería de las máquinas se encuentran los productos mas escogidos de las fraguas del departamento, con las máquinas enviadas de Paris, de Lóndres y Bruselas.

Trescientos pintores y arquitectos han enviado sus obras á la exposicion de Metz, donde las bellas artes tienen una galería especial. Su número asciende á mil treinta y cuatro, y preciso es reconocer que esa parte de la exposicion no es la menos frecuentada.

En el jardín trazado con arte y adornado de kioscos, la horticultura figura con brillo. En un invernáculo monumental se abrigan las plantas mas raras. Un café y un tiro de pistola se han establecido en este jardín, donde la poblacion se pasea todas las tardes.

La exposicion de Metz que cuenta 2,500 expositores, ha sido visitada ya por mas de 40,000 personas.

P. P.



VISTA GENERAL DE LOS EDIFICIOS DE LA EXPOSICION.



PATIO PRINCIPAL DE LA EXPOSICION, VISTO DEL CUARTEL DE INGENIEROS.



FACHADA PRINCIPAL DEL PATIO, VISTA POR EL LADO DE LA CIUDAD.

BOLIVIA

COLONIZACION Y AGRICULTURA

POR LEON FAYRE CLAVAIROS, CONSUL GENERAL DE FRANCIA, ENCARGADO DE MISION EN BOLIVIA, Y VERTIDO AL CASTELLANO POR MANUEL JOSÉ TOVAR.

(Continuacion.)

Sin embargo, no todos sufrieron el yugo, y desde estos tiempos remotos, se formaron, con permiso de los españoles, comunidades de indios que conservaron una independencia relativa. Estas comunidades que no se deben confundir con el sistema establecido por los incas, se componian de una extension de terreno de dos leguas de diámetro, y se dividian entre los jefes de familia exactamente, como lo estaban en otro tiempo los tupus. Sobre estas asignaciones primitivas que se aumentaron considerablemente por via de adquisicion, se hicieron otras distribuciones por los jefes de familia originarios, para los recién venidos que se llamaron *forasteros con tierras*; en fin después, para asegurarse los brazos indispensables para el cultivo, se admitió otros indios bajo el nombre de *forasteros sin tierras*, dándoles algunos surcos en el campo, bajo la condicion de ser ayudados por ellos en las siembras y la cosecha. El número de los comuneros originarios era en 1846 de 48,295 jefes de familia, el de los forasteros con tierras ó agregados de 57,837 y el de los forasteros sin tierras de 31,972 (1). Esta cantidad de 138,104 indios libres, sin tener con los españoles otro contacto que el del pago del tributo, representa verdaderamente el nucleo antiguo conservando su fe y sus esperanzas. Su valor moral debia ser grande, porque la existencia de sus comunidades ha sido siempre considerada como un peligro, y el gobierno español ha trabajado constantemente en destruirlas (2), sin poder vencer entre tanto la tenacidad de la tradicion indiana. Salvo algunas excepciones (3), el resto de los aborígenes están ligados á las haciendas que les han visto nacer, y esta especie de esclavitud voluntaria en la tierra en que han nacido, no es uno de los hechos menos característicos del mecanismo que rige la agricultura.

En efecto, aunque nos separan tres siglos de la venida de Pizarro, las condiciones económicas no han cambiado. La raza blanca es hija de españoles, y en calidad de conquistadora posee el suelo, hace el comercio y llena la mayor parte de los empleos elevados. Los cholos ó mestizos ocupan el segundo lugar, y el indio sólo queda para los trabajos penosos de la ciudad y de los campos, pues la poblacion no ha aumentado en proporcion del desarrollo de las necesidades, y la mano trabajadora es en todas partes de una excesiva rareza. Se ha conservado pues preciosamente la tradicion del trabajo en comun tomada de los incas por los primeros poseedores europeos. La division por mitad es poco mas ó menos desconocida; el arriendo es lo único que está en uso y da al propietario de cinco á siete y medio de interés neto, segun la provincia y la calidad de los terrenos (4). En cuanto al arriendo, él está en una posicion enteramente distinta del de Europa, y vamos á procurar el dar una idea de ello.

En Francia, el capital aplicado á las explotaciones agrícolas se divide en capital fijo que comprende la tierra, los edificios, los cercos, los muebles, los instrumentos de labranza; las bestias de trabajo, etc.; y en capital circulante, que abraza los animales de venta, los abonos, las semillas, los impuestos, el interés de los capitales, etc.

John Sinclair estima el fondo circulante necesario en Inglaterra para la explotacion, en tres ó cuatro veces el precio del arriendo en las tierras de pastos, en ocho ó diez para las de trigo. Schwertz en Bélgica lo pone en la misma tasacion. MM. Cordier y de Gasparin lo calculan en Francia segun las provincias y las sementeras de cinco y media á siete.

Todo arrendero debe pues ser en Europa poseedor de un capital relativamente importante. Los muebles agrícolas, los abonos, los animales de labranza, las anticipaciones de los trabajadores inmovilizan sus fondos, y por lo mismo le exponen á pérdidas de interés que vienen á ser considerables en los malos años.

En Bolivia el mecanismo es mucho mas sencillo.

El capital fijo se limita á la adquisicion de la tierra y de los edificios; los muebles aratorios son nulos, poco mas ó menos, como se verá mas tarde.

El capital circulante no exige del arrendero otro gasto anticipado que la compra de las semillas, y aun esto solamente en el primer año, porque la cosecha debe bastar en los años subsiguientes.

El arrendero no tiene pues, por decirlo así, necesidad de ningun capital para arrendar una hacienda, porque apenas podemos dar este nombre á los adelantos totales del precio del arriendo y de los trabajadores.

Se preguntará sin duda, ¿qué hará para explotar su arriendo, no teniendo ni útiles, ni abonos, ni bestias de carga ni de labor?

(1) Dalencé, pág. 234.

(2) Dalencé, pág. 234.

(3) Algunas profesiones son generalmente ejercidas por los indios, por ejemplo, los albañiles, los postillones y los fabricantes de ollas. Los otros oficios son ejercidos por los cholos. Hay algunos indios libres que poseen y cultivan pedazos de terreno; pero el número de estos es muy reducido.

(4) En Francia la propiedad rural no da mas que dos y medio á tres por ciento.

Esto es muy curioso para ser explicado, y vamos á procurar hacerlo claro por medio de un ejemplo.

Con la intencion de no aventurar nada y decir solo lo que hemos visto, hemos tomado en arriendo la hacienda de Sivisto, á cuatro leguas de distancia de Chuquisaca, que puede tener poco mas á menos tres kilómetros de longitud sobre dos de latitud. Desgraciadamente nuestra experiencia, completa para el conocimiento de los usos, no podia ser mas que aproximativa en cuanto á la produccion. Las propiedades circunvecinas de Chuquisaca, sobre todo las que tienen baños cómodos, se arriendan mas bien como casas de recreo que como tierras de produccion. La sequedad eléctrica de la temperatura de la capital hace una ley el tomar baños frecuentes, y en la distribucion de estas aldeas los baños y la huerta tienen el lugar principal. La renta no es mas que accesoría y no toma importancia, sino cuando la corriente permite establecer molinos, ó cuando la proximidad de la ciudad y la abundancia del agua favorecen el cultivo de alfalfares. Entonces el producto es algunas veces considerable. En el ejemplo que proponemos, las tierras están agotadas, la irrigacion no es posible mas que para la huerta, y las sementeras no están de ningun modo en relacion con los edificios, el jardin y el precio del arrendamiento. Si se quiere un término de comparacion, es necesario pues asimilar esta hacienda á las casas de recreo y de medio producto que abundan en los alrededores de nuestras grandes ciudades, y que hemos encontrado principalmente en las inmediaciones de Lyon, donde se hallan una multitud de estas casas de campo que tienen trigo, vino, frutos, y cuyos gastos absorben casi siempre la totalidad de los productos. Habriamos podido dar algunas cantidades sacadas de la produccion de Cochabamba, de las altas planicies de Oruro ó del valle de Tarija, pero son tan poco seguras las noticias, que hemos preferido atenernos á lo que hemos visto, sin entrar en pormenores respecto de la diferencia que existe en todo pais entre el cultivo de recreo y el de utilidad.

La hacienda de Sivisto puede valer en el día de 3,500 á 4,000 pesos, siendo su ordinario precio de arriendo de 200 pesos, que es el interés de cinco por ciento para el propietario.

La herramienta del propietario se componia de dos barretas, dos hachas, tres azadones, una pala de hierro, una hazada, un badilejo, una hazuela, dos moldes de madera para ladrillos y adobes.

La superficie capaz de ser sembrada exceptuando la huerta, y un alfalar que basta para la manutencion de un caballo, pueden recibir:

4 cargas de maiz.	valor comun	2 ps.	8 ps.
20 cargas de cebada.	valor comun	6 rs.	15
14 cargas de papas.	valor comun	2 ps.	» 28
			Total. 51 ps.

El desembolso total del arrendero durante el año se compone de:

Precio del arrendamiento.	200 ps.
Compra de un caballo.	12
Semillas (1).	51
Salario de un mayordomo 6 ps. mensuales.	72
Salario de un jardinero cinco pesos.	60
Id. id. cuatro pesos.	48
Raciones pagadas en plata á los indios arrenderos.	74 ps. 2 rs.
Raciones pagadas en plata á los indios tamberos.	5 ps. 2 rs.
Total. 522 ps. 4 rs.	

Se ve que el arrendero no tiene un peon á sus expensas ni un criado de caballeriza. Un mayordomo y dos jardineros componen toda su servidumbre: un caballo todo su tiro: ¿qué hará para cubrir el precio de su arrendamiento y para cultivar sus tierras?

Aquí es donde encontramos reunidas la tradicion de los indios y las necesidades procedentes de la conquista. El trabajo en comun, esta organizacion del inca, es religiosamente conservado. La falta de brazos, este resultado de la despoblacion, es conjurada por una medida especial, tan bien amalgamada por las costumbres, que seria difícil modificar.

Del mismo modo que daba el inca vitaliciamente á sus súbditos la casa y el campo, con la condicion de prestar servicios de naturaleza equivalente á sesenta dias de trabajo, así tambien el hacendado español divide su terreno en pequeñas porciones que distribuye á los terratenientes. Solo que la posesion vitalicia es reemplazada por un contrato renovado cada año, y el impuesto se transforma en un pago en especie que no excluye la obligacion del trabajo personal.

La condicion del indio ha empeorado ciertamente. No hay ya tampus que se abran en los dias de escasez ni ley de impedidos que conjure la miseria; ha perdido esta certidumbre de posesion vitalicia, que como garantía era equivalente á la facultad de la trasmision, pues que cada recién nacido era dotado al entrar en la vida. Cada año está expuesto á verse despedido por el patron, y la inferioridad de su posicion se manifiesta por vejaciones de toda especie. Sin embargo, le queda una proteccion poderosa en el interés del hacendado que no puede pasarse sin sus brazos y que no se priva ligeramente de sus terratenientes, porque el valor de su propiedad crece ó mengua en razon de su número.

(1) Se sobreentiende que el caballo puede durar por lo menos tres años, y que las semillas cuestan la mitad menos desde el segundo año tomándolas del producto de la cosecha.

Debemos analizar desde luego el trabajo del arriendo; haremos despues la cuenta del terrateniente á fin de no descuidar nada en el exámen del mecanismo de que nos vamos á ocupar aquí.

Las propiedades rurales en toda la parte alta y media de las cordilleras están generalmente establecidas en los valles cuyo lecho solamente es productivo en realidad, en tanto que las faldas que la dominan, ya vestidas ya desnudas, son de una produccion inferior. El lecho del mismo, destruido por las aguas, no ofrece cultura, sino allá donde la elevacion de la orilla del río ó algun ángulo de granito preservan la pampa del furor de las avenidas. Resulta de esto un singular desmenzamiento del terreno cultivable dividido por las quebradas ó las masas rocallosas en una multitud de partículas sucesivas. Las superficies mas grandes y los mejores terrenos se reservan para la hacienda y se llaman *comun*, porque son trabajadas en comun por la totalidad de los terratenientes, lo demás se reparte entre estos últimos que pagan un arrendamiento relativo á la superficie de la sementera que les ha sido asignada.

Los arrenderos de nuestra hacienda llegaban á 22 que pagaban entre todos una suma de 225 pesos. Además de estos terratenientes con tierras, habia en la hacienda otra clase *sin tierras* llamados *tamberos*, que no pagaban anualmente mas que un peso y algunos dias de trabajo. Estos tenian solo el derecho de establecer un rancho en la propiedad, y como el camino real sigue el río, encontraban un beneficio suficiente en vender pan y chicha.

Cada arrendero debia:

3 jornales de labranza con yunta mediante la racion de dos reales por dia.	
3 de trabajo en los reparos y seis árboles devastados para estacas.	1
2 en desyerbar.	1
1 de cosecha del maiz.	1
1 de transporte del maiz del campo á la hacienda.	1
1 en desgranar el maiz.	1
1 en la siega de la cebada ó del trigo.	1
1 en la trilla.	1
1 en la limpieza de los canales de irrigacion.	1
42 de pongo ó mulero mediante un real por semana y el alimento. Alternándose este servicio de la hacienda por turno, bajo el nombre de pongo ó mulero, puede calcularse por seis semanas en el año ó sea cuarenta y dos dias (1).	
4 de expresos calculados á real para ir á una distancia de cuatro leguas.	

60 jornales, lo que para 22 terratenientes da un total de 1,320 dias de trabajo que cuestan 74 pesos 2 reales.

Los terratenientes ó arrenderos aun tienen otra obligacion.

Deben venir por turno á barrer la hacienda y traer un haz de leña para quemar. Esta obligacion se repite cerca de nueve veces al año, y puede calcularse en especie por un peso un real anual.

Segun la tasacion de su arriendo están en la obligacion de proveer anualmente con seis ó doce cargas de leña. Esta leña se vende en Chuquisaca á dos reales carga, precio medio, ó sea un real y medio deduciendo el flete.

Siempre que el hacendado lo exija deben llevar sus burros de transporte. El alquiler de un burro se calcula á medio real para una distancia de cuatro leguas; y se les carga á la ida y á la vuelta.

Deben en fin presentarse al trabajo todas las veces que son citados. Estos jornales fuera de las obligaciones se pagan á tres reales por dia.

Cada tambero debe:

1 jornal de labranza con yunta con 2 rs. de racion.	
1 de trabajo en los diques con cuatro estacas.	1
4 de expresos.	1
6 jornales de trabajo.	

Deben además una carga anual de leña, como tambien el barrido y el haz de leña por turno lo mismo que los arrenderos.

Siendo el número de tamberos de seis, son treinta y seis jornales de trabajo que exigen un desembolso de cinco pesos dos reales.

Esta sencilla exposicion manifiesta á primera vista la organizacion del trabajo. En vez de ser obligado como el arrendero francés á la compra de un material frecuentemente considerable, á la adquisicion de bueyes y de caballos y á la busca de criados asalariados, el arrendero boliviano no tiene mas que celebrar el contrato de arrendamiento con el propietario. Los criados son los terratenientes cuidadosamente conservados en la hacienda. (Los contratos contienen muchas veces la cláusula de que el arrendero deberá presentar al espirar el término del arrendamiento el mismo número de subarrenderos que el que existia á su entrada); los mismos terratenientes son los que proveen de bueyes y de arados para la primera labranza, la siembra y el aporeado, y los años para toda especie de transporte; ellos deben proporcionar aun los costales para llevar el maiz á los molinos y las harinas á la ciudad. La economia del arrendero se limita á ejecutar todos los trabajos necesarios, sin salir del número de los jornales que

(1) Esta aun es una tradicion del tiempo del inca. Cada provincia y cada pueblo hacia por turno el servicio de los palacios de los incas, de los templos del sol y de las casas de los caciques. El hacendado no ha hecho mas que sustituirse al soberano en uso ya establecido.

componen el tributo total. Puede disponer, en efecto, de estos jornales como mejor le parezca, y reemplazar con tal ó cual trabajo la obligación que el terrateniente no haya llenado especialmente. Pero siendo el precio de los jornales aparte de las obligaciones de tres reales, y el de la labranza de diez, se comprende cuán grande aumento de gasto resulta de todo presupuesto que pasa los límites del tributo. No teníamos nosotros que desembolsar en Sivisto para los 1,326 jornales indicados, mas que una suma de 79 pesos 4 reales. Si hubiéramos tenido que abonar á peones asalariados, este pago habría subido á 327 pesos 2 reales.

En cuanto al abono que tiene un lugar tan importante en los cálculos del arrendero europeo, y cuyo poder fecundante utilizaban los incas, es poco menos que inusitado en Bolivia. No lo hemos visto emplear mas que para las sementeras de papas; ni el maíz, ni la cebada, ni el trigo reclaman estercuelo (1). Se sirven para las papas del estiércol de cabra y de oveja exclusivamente, y como cada indio tiene su pequeño ganado, se toma el abono sin retribucion alguna en el corral mas vecino del pedazo de tierra que se trata de sembrar.

La organizacion, de la que acabamos de dar una idea, varia un poco segun los lugares en lo que toca á las obligaciones de los indios. Tampoco es raro ver cambiar ciertas obligaciones de hacienda á hacienda, pero esto nunca es otra cosa que una sustitucion de servicios, y la suma del trabajo general impuesto al terrateniente llega casi siempre al mismo resultado. Este sistema conservador de los brazos en una comarca donde son raros, es evidentemente apropiado á la condicion actual del pais. El impide la despoblacion, la emigracion de provincia á provincia, y asegura por consiguiente la alimentacion de los centros existentes. La posibilidad de alquilar sin capital, la certidumbre de no tener al término del arrendamiento ninguna pérdida en el precio de los muebles ni en los animales de labranza, permiten encontrar fácilmente arrenderos, del mismo modo que la falta de todo derecho sobre la venta facilita el encontrar compradores. Pero esto no puede ser segun nuestra opinion mas que un sistema transitorio que se modificaria desde que los obreros fuesen bastante abundantes y por consiguiente seguros. Poniendo esta organizacion todos los muebles aratorios entre las manos de indios ignorantes, eterniza la rutina, y conocemos propietarios cuya paciencia se ha estrellado contra la tenacidad indígena, decidida á no cambiar ni la manera del cultivo, ni los instrumentos primitivos que aun sirven en el dia.

Hemos dicho que los desembolsos anuales del arrendero para una hacienda arreglada como la de Sivisto asciende á 522 pesos 4 reales. Veamos entre tanto el capítulo de las entradas.

Los arrenderos y tamberos dan en dinero por el precio de sus arrendamientos.	231 ps.
El tributo de leña.	69 ps. 4 rs.
4 cargas de maíz dan 39 por 1, ó sea	
80 cargas á dos pesos.	160
20 de cebada 10 por 1 200 á seis pesos.	150
14 de papas 10 por 1 140 á dos pesos.	280
Producto de los chirimoyos.	50
Limonos y naranjas.	30
Jardinería, cebollas, zapallos, lacayo-tes, coles.	300
Total.	1,270 ps. 4 rs.

Debemos deducir de esta cantidad el impuesto que se saca con anticipacion en especie de todos los productos, excepto de los de jardinería. Este consiste desde luego en el diezmo ó sea el décimo; despues las primicias ó sea la sétima parte de la cosecha en bruto (2); así pues, dando el maíz, la cebada y las papas 590 pesos,

Son para el diezmo. 59 ps. } De atrás. 1,270 ps. 4 rs.	
Para las primicias. . 84 } Ó sea. . 143	
Total neto de entradas.	1,127 ps. 4 rs.
Hemos dicho que los gastos eran de.	522 ps. 4 rs.
Resulta de ello un beneficio de (3).	605 ps.

Sabemos que en Paris los propietarios de las casas de campo situadas en rad ó de cinco á seis leguas, especulan con la necesidad general de la moda de habitar el campo, sacando un cinco por ciento de sus alquileres; pero quisieramos saber lo que producirían si ellos habitasen por sí mismos y no tuviesen otra renta que el producto.

(1) Creemos que la cuestion del abono es únicamente una cuestion de flete. Abonaban los incas porque tenían caminos. No se estercola ya porque el aumento de la cosecha obtenido por el abono no compensaria los gastos del transporte.

(2) Habiéndose prescindido de la cuestion financiera, no señalaremos mas que de paso, cuán pesado es este impuesto. Le queda muy poca cosa al pobre cultivador cuando el año es malo. El gobierno pone cada año los diezmos y las primicias en remate, de manera que aquellos á quienes se adjudican, deben encontrar su beneficio sobre la base del remate. La administracion pierde esta diferencia, pero gana no solamente la economía de perceptores *ad hoc*, sino tambien la certidumbre de la entrada que seria tal vez difícil de ejecutar, no de parte de los hacendados, sino de la de los empleados del gobierno cuya moralidad es muy frecuentemente insultada por los documentos oficiales para no ser en cierto modo problemática.

(3) Debemos observar que el cálculo de las entradas se ha establecido, no sobre el producto actual de Sivisto, cuya produccion es ninguna y que no paga los gastos, sino sobre lo que se debia recoger si el propietario construyese los recipientes y acueductos necesarios para las aguas. Si esta finca cuesta en lugar de producir, es la falta del propietario y no de la propiedad.

Segun nuestros recuerdos, se darian por felices con equilibrar los gastos de conservacion, con el interés del precio de la compra. Aquí por el contrario, suponiendo que el propietario habite en vez de alquilar, encontramos un desembolso de 322 pesos 4 reales para una entrada de 1,127 pesos 4 reales, ó sea un beneficio de 805 pesos, lo que en un capital de 4,000 pesos da un interés de 20 por 100.

Y téngase en consideracion que la hacienda de Sivisto es una propiedad arruinada, cuyos terrenos no tienen ya suco alimenticio, y que aun en el mismo pais son reputados como inferiores. ¿Se quiere la prueba de ello?

A un cuarto de hora de camino de Sivisto se encuentra la hacienda de Conta cuyos terrenos son limitrofes. La produccion es: para el maíz 40 por 1, para la cebada 20 3/4 por 1, para las papas 16 2/3 por 1.

Lo que hace que en condiciones de precio del alquiler y de siembras idénticas con las de Sivisto, el propietario recogeria fuera de todo gasto 1,189 pesos 4 reales. Lo que para un capital de 4,000 pesos representa una utilidad de cerca de treinta por ciento (1).

Hé aquí lo que se obtiene con el arado de Columelle y la ignorancia absoluta de la ciencia agricola.

En cuanto al indio, vamos á hacerle tambien su balance:

- Hemos visto que debia al hacendado:
 - 1º Un precio de arrendamiento en dinero.
 - 2º Sesenta jornales de trabajo.
 - 3º Un número determinado de cargas de leña.

Cuando un indio se establece en una hacienda, escoge en su arriendo un terreno elevado y resguardado de las avenidas. Armado de la hacha que hace siempre parte de sus muebles, se sube á las faldas del cerro y corta árboles rectos y elevados, vuelve y planta la armazon del rancho. La pared se forma de sunchos cuyas varas se aprietan entre dos cañas en un grosor de diez á quince centímetros. El aire y el sol vuelan libremente entre la extremidad de la palizada de sunchos y el techo. La misma planta sirve para la primera capa del techo sujetándola sólidamente con cuerdas de paja; despues se le echa otra capa de una yerba (que los indios llaman *ichu*), especie de gramínea, larga, dura y lisa: sopando en barro desleído uno de sus extremos, se la coloca en orden sobre los sunchos, y la parte seca de la segunda línea cubre esta especie de argamasa, continuando así hasta la cima. Cuando está preparada y acomodada con cuidado esta paja, penetra la lluvia difícilmente. A dos indios bastan tres á cuatro dias para edificar un rancho, generalmente de tres á cuatro metros de longitud y dos ó tres de ancho. No hay necesidad de ventana, y la puerta consiste en planchas de cardon amarradas entre sí con correas. La cerradura no es otra cosa que una correjuela pasada entre la puerta y el poste contra el que se apoya esta.

Aquella es la habitacion en donde duermen mezclados padre, madre ó hijos. Los indios no se desnudan. Llegada la noche, extienden en el suelo apenas nivelado del rancho, algunos cueros de cordero, y reposan sobre esta cama rustica mejor que sobre un lecho de plumas. Cuando la estacion es seca, prefieren quedarse al raso y se abrigan con un poncho. Comen de cuchillas en el suelo, se sirven del cuchillo, algunas veces de una cuchara de palo y nunca del tenedor. Sus vasos, sus tazas son unos porongos cortados por el medio: son sus útiles de cocina algunas ollas para cocer el chupe ó tostar el maíz. Entre los de mas rango, una sogá torcida de cerda atraviesa el rancho y sirve para colgar las polleras y rebocos de la muger, y los ponchos del marido. En las horquillas de las estacas están colgados los cueros de cordero y los lazos para cargar los burros.

Hé ahí todo el ajuar.

Al lado de este primer rancho se edifica generalmente otro no muy distante, para servir de almacén. Allí se depositan el maíz, la cebada en grano, los cántaros de chicha y la provision de coca. En algun rincon, bajo de tierra, en algun costal de harina, en alguna *pirua* de maíz, se guarda el tesoro. El indio no especula. Lo que sobra despues de hechos sus pagos, lo come; lo que gana lo bebe. A crédito será como compre un par de bueyes ó de asnos, lo mismo que los vestidos nuevos que ha de estrenar cada año por el carnaval (2). El paga despues con bastante regularidad en la cosecha.

Entre estos dos ranchos se coloca la cocina, sin techo. Una palizada de sunchos la resguarda del viento; tres piedras tienen suspendida la olla en medio de las brasas de fuego, y en un rincon se ve una ancha piedra lisa, roja todavia por el ají molido sin el que no puede pasar el indio, lo mismo que sin la coca. — Acá, allá vagan un gallo y algunas gallinas, frecuentemente patos, y alguna vez un chanchó cuando el rancho está bien colocado para vender la chicha. Se le engorda entonces rápidamente con el *conchu*, borra que produce la fermentacion del maíz.

Pero un indio tiene tambien uno ó dos pares de bueyes, asnos, corderos y cabras. La habitacion de este

(1) Cuatro cargas de maíz, á 40 por 1 dan 160	
cargas á dos pesos.	320 ps.
20 cebada á 20 3/4 á seis reales.	311
14 papas á 16 2/3 á dos pesos.	466
De que se deducen por diezmos y primicias.	366 4 rs.
Entradas que se han indicado.	831 4
	680 4
	1,512 4
Gastos indicados arriba.	322 4
	1,189 ps. 4 rs.

(2) Esta aun es una tradicion del inca. Los vestidos se renovaban en época fija.

ganado se establece á poca costa. Se escoge algun algarrobo ó algun molle cuyas ramas puedan servir de abrigo contra la lluvia, y al rededor se levanta una pared de piedra sin barro para los asnos y los bueyes; un entretejido alto de espinos sirve para que pasen la noche los corderos y las cabras. Los muchachos y muchachas apacientan este rebaño flaco en las faldas de los cerros desnudos. El indio nunca se inquieta por el forraje. Las cabras y los corderos ramonean las hojas de los arbustos donde pueden, en todas las faldas y en todas las zanjas en donde nunca se ha intentado el cultivo. En cuanto á los bueyes y asnos, se les echa la hoja del maíz de la última cosecha: si la provision es insuficiente, van ellos á pacer con las cabras, y si por desgracia las lluvias se retardan y la yerba tarda en nacer, los bueyes y los asnos mueren de debilidad sin que el indio se decida nunca á comprar un quintal de paja para evitar esta pérdida. Así, estos pobres animales tienen seis meses de abundancia y seis de carestía, y no es extraordinario el que con este régimen los bueyes de labranza tengan tan poco vigor para el esfuerzo del arado.

Como se ve, el establecimiento del indio no le cuesta mas que su trabajo personal. Las estacas, los sunchos, la paja crecen á su puerta. El único gasto es el de su tiempo, del que no hace ningun caso. Tambien su riqueza consiste en su ganado. Dos ó tres pares de bueyes le ponen en disposicion de llenar las obligaciones del *comun*, de cultivar su arriendo y de fletar en caso necesario á los indios pobres que aun no tienen bestias que someter al yugo: los asnos le son indispensables para el trasporte de todo género: las ovejas y las cabras le dan la leche de sus tetas, y le proporcionan un producto cierto cuando la hacienda está en la proximidad de las ciudades. Este beneficio seria mucho mas grande si adoptasen el uso de los cultivadores de la Saboya que unen las vacas lecheras. Reservarian entonces los bueyes para la carnicería, mientras que estos animales no son útiles sino treinta dias en cada año no empleándose mas que en las labranzas. Se comprende la inmensa pérdida de forraje devorado sin compensacion durante los once meses de descanso. Los indios podrian todavia sacar ventaja de la lana de sus corderos, pero no hacen el esquila sino para las necesidades absolutas de sus ponchos y de sus liellias y de los costales de trasportar el grano y la harina. Nunca se saca la lana de los otros cueros, y les sirven de cama ó de caronas para sus asnos. Un indio no come un buey, un cordero ó una cabra sino cuando mueren ó por enfermedad, ó rodando de lo alto de las peñas, lo que sucede frecuentemente cuando las lluvias han remojado el terreno. La cria de animales podria pues enriquecerle, pero su peculio desaparece generalmente en las fiestas, como lo explicaremos mas abajo.

El precio de los arriendos ó subarrendamientos no se calcula segun el espacio arrendado, sino segun la cantidad de semillas que este espacio puede recibir. En la quebrada de Sivisto se ha fijado como sigue:

Un terreno de una olla (1) de maíz, paga de arriendo.	1 peso.
Un terreno de una carga de trigo.	1 peso.
Id. de una carga de cebada.	4 rs.

(Se continuará.)

Adam Czartoryski.

Adam Czartoryski, del linaje de los Jagellones, nació en Pulawy el 14 de enero de 1770. Dos años despues tenia lugar el primer desmembramiento de la Polonia, de modo que al salir de la cuna se encontró con una patria mutilada. Sin embargo, ya en su familia habia habido ardientes defensores de la causa nacional, cuyas tradiciones no debia él olvidar nunca. Los príncipes Miguel y Augusto Czartoryski, el uno su abuelo y el otro su tio, habian tomado la iniciativa de las reformas que poniendo fin á las divisiones interiores, debian anular la influencia corruptora de los agentes del extranjero.

El joven Adam, heredero de sus ideas como de su nombre, fué uno de los legisladores que obtuvieron el triunfo de la reforma. Despues de una brillante educacion recibida en Pulawy, á la edad de diez y ocho años fué enviado á Francia y de aquí á Inglaterra, donde pasó dos años haciendo serios estudios políticos cerca de Fox y de Burke, que con su ejemplo y sus lecciones contribuyeron á desarrollar la inteligencia del joven descendiente de los Jagellones.

A su regreso á Cracovia en 1790, el príncipe Adam fué elegido diputado á la dieta, y principió su carrera política tomando parte en el triunfo de la constitucion destinada á regenerar la Polonia.

Peró la Rusia, que no podia permanecer inactiva, entró en campaña como protectora de la antigua constitucion. La Prusia, que en un principio habia formado alianza con la Polonia, se reunió á sus viejos cómplices, y como los polacos reclamaban contra esta traicion, Federico Guillermo III se contentó con responderles: *Posteriora ligant*.

En la guerra que siguió á esta nueva invasion el príncipe Czartoryski sirvió como edecan del general en jefe de Lituania y mereció la cruz de la Virtud militar; pero el triste desenlace de la guerra le obligó á emigrar con los principales autores de la constitucion; Kosciusko, poco conocido entonces, los acompañaba en su retiro. El príncipe Adam buscó un asilo en Italia. Despues del reparto de 1795, los bienes de los príncipes Czartoryski fueron confiscados, y el gabinete de Viena intervino en su favor;

(1) La olla es la cuarta parte de la carga, y la carga pesa 5 arrobas 5 libras, ó sea 130 libras españolas.

pero Catalina puso por condicion para restituir los bienes, que los dos jóvenes príncipes fuesen en rehenes á San Petersburgo. Fueron únicamente á Grodno, cerca del rey Estanislao, se agregaron á su casa, y despues de su abdicacion, él los llevó á San Petersburgo. Colocado entonces como edecan del gran duque Alejandro, Adam Czartoryski conquistó sobre el joven príncipe tal influjo, que Pablo I le alejó dándole una mision en Cerdeña.

Llamado por Alejandro I al advenimiento de este príncipe, encontró cerca del nuevo czar los mas vivos testimonios de estimacion y simpatia, y fué nombrado en breve ministro de Negocios extranjeros, puesto que aceptó bajo la condicion de que no recibiria ni condecoraciones ni sueldo, y prometiéndose además sacar partido de su posicion en beneficio de la Polonia.

Poco despues del triunfo de Napoleon que acababa de entrar en Varsovia y que parecia querer reformar el reino de Polonia, el príncipe Adam resignó sus funciones y se contentó con organizar la universidad de Wilna.

En 1814 fué nombrado miembro del gobierno provisional del gran ducado de Varsovia, y acompañó al czar al congreso de Viena, aconsejando á este monarca que constituyera el reino de Polonia en su integridad, bajo la soberanía de la Rusia, con instituciones libres y una existencia separada.

Era un primer paso hácia la independenciam; pero los plenipotenciarios del Austria y de la Prusia rechazaron con energía esta proposicion, y Adam Czartoryski debió reservar su influencia para obtener al menos las cláusulas de garantia que encierran los tratados de 1815 en favor de la Polonia desmembrada. El fué quien presidió á la redaccion de la Constitucion de 1815 y de la Constitucion de Cracovia. El alto favor de que disfrutaba este consejero polaco excitó el descontento de



EL PRINCIPE ADAM CZARTORYSKI.

los rusos, que le impidieron ser nombrado virey del pequeño reino de Polonia.

Su conducta cuando las revueltas fué valerosa. La policía rusa queria confundirlas con los motines militares que ensangrentaron el principio del reinado de Nicolás. Juzgados por el Senado, los sublevados fueron absueltos por unanimidad, menos un voto, y este resultado se debió en parte á los elocuentes esfuerzos del príncipe Adam. Sin embargo, la policía rusa no soltó su presa, y durante años llevó por cárceles y destierros á los que habian sido declarados inocentes por la mas elevada autoridad judicial de su país.

El príncipe Czartoryski tomó una gran parte en la insurreccion nacional de 1830. Sus nobles esfuerzos le valieron la confiscacion de todos sus bienes y un destierro que no ha tenido otro término que la muerte.

Aunque condenado á vivir en el extranjero, el príncipe Adam Czartoryski no renunció á la lucha. Consagrado enteramente á la idea nacional, combatió la influencia rusa en todas las cancillerías, presentando á los diplomáticos occidentales preciosos informes, enviando á las poblaciones levantadas contra el czar socorros materiales, y aliviando la suerte de sus compañeros de destierro con la creacion de instituciones literarias y científicas, y asociándolos á todos á sus beneficios como á sus tareas políticas.

El príncipe Czartoryski ha muerto en Paris el 16 de julio, y el lunes último se han celebrado sus exequias en la iglesia de San Luis de esta capital, en medio de una afluencia considerable de notabilidades de todos los partidos.

E. T.

El sepulcro del conde de Cavour.

El conde de Cavour habia ordenado que sus restos mortales fuesen depositados en el sepulcro de su familia, que se eleva en uno de los lados de la iglesia parroquial del pueblillo de Santena.

Esta iglesia que tiene á su entrada una doble escalera, es antiquísima; pero no brilla ni por su arquitectura, ni por la magnificencia de sus cuadros. El sepulcro es tambien muy sencillo y no se distingue por el lujo de sus adornos. Una sola piedra blanca incrustada en la pared, recuerda las virtudes de la princesa de Clermont-Tonnerre y de su marido, que pertenecen á la familia de Cavour.

Se cree que tambien una simple lápida recordará igualmente el gran papel que ha desempeñado en la escena política el conde Camilo de Cavour.

Recuerdo

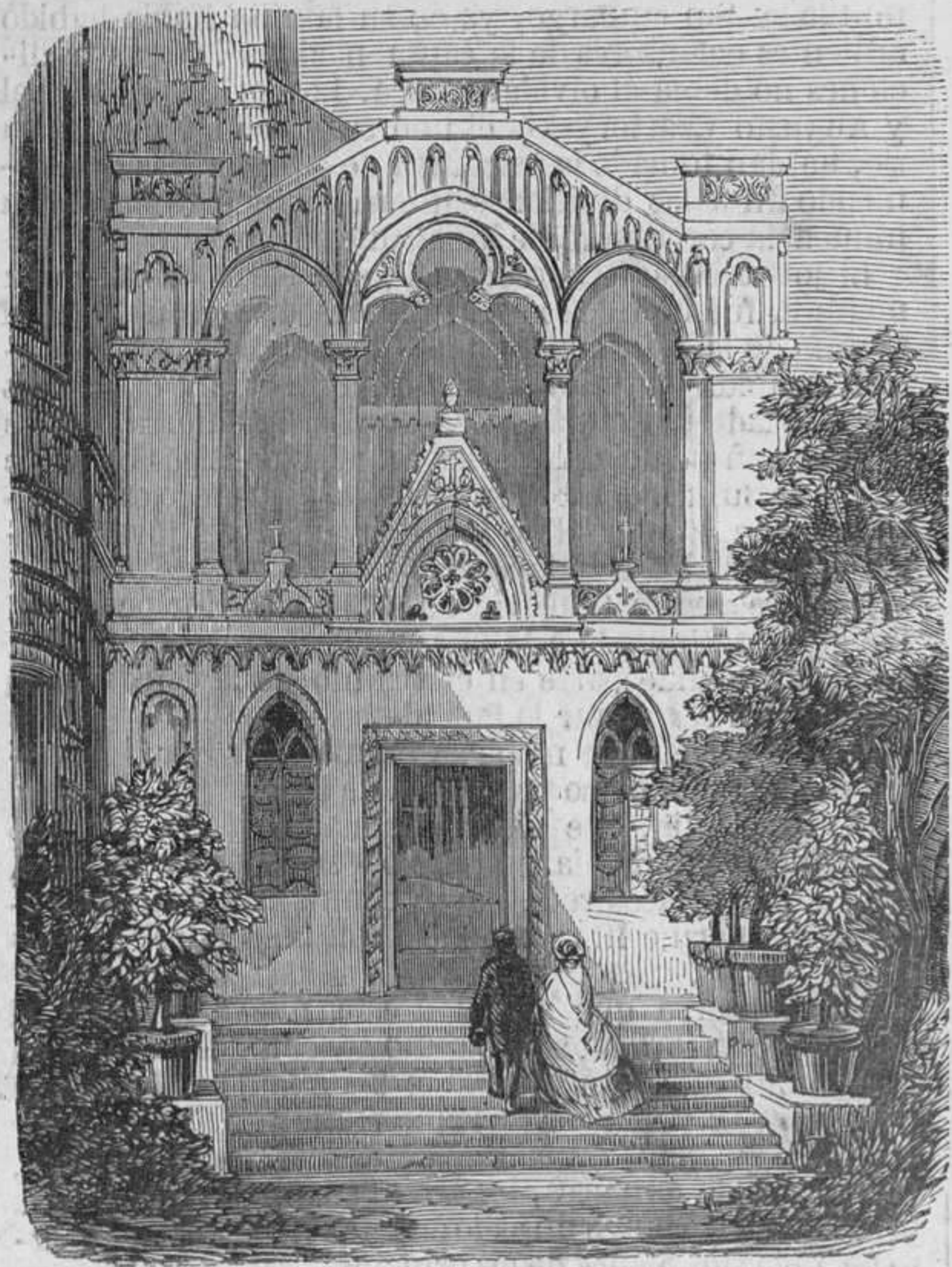
OFRECIDO A LA EX-REINA DE NAPOLES POR LAS SEÑORAS DE VIENA.

Ciento sesenta señoras de la alta nobleza austriaca residente en Viena, han dirigido últimamente á la ex-reina de Nápoles un presente de cierto valor artístico. Es un grupo de plata macizo de 22 pulgadas de altura, que representa la fortaleza de Gaeta: en medio de esta fortaleza hay un genio con una espada en la mano derecha, y en la izquierda un escudo con esta divisa:

«El ángel de Dios protege á los que le temen y sabe salvarlos.»

En los lados de la fortaleza hay unos bajo-relieves que representan episodios del sitio; la ex-reina visitando á los enfermos y á los heridos, y Francisco II y su joven esposa en una batería.

Esta obra es de M. Sauner, grabador de la corte.



EL SEPULCRO DEL CONDE DE CAVOUR.



RECUERDO OFRECIDO A LA EX-REINA DE NAPOLES por las señoras de Viena.